

Kailas ficción

MO YAN

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

EL MAPA DEL TESORO ESCONDIDO

TRADUCCIÓN DEL CHINO DE BLAS PIÑERO MARTÍNEZ



La narrativa vertiginosa y original de Mo Yan resulta deliciosa para el lector, que queda irremediabilmente atrapado en la trama.

El monólogo de un taciturno y solitario personaje, habitual del bulevar, marca el punto de partida de esta historia llena de un virtuosismo deslumbrante.

Arrastrado a un restaurante especializado en raviolis, a nuestro héroe no le quedará más alternativa que someterse a la charla caprichosa y a la verborrea hilarante de un amigo de la infancia. Saltando de un tema a otro sin control, en la conversación se entremezclan tanto opiniones sin fundamento como reflexiones metafísicas.

El lector, maravillado por esta extraña situación, lo estará aún más cuando se entere de que un bigote de tigre encontrado en un ravioli conduce casi de manera natural a un hablar de un libro de fórmulas mágicas.

El mapa del tesoro escondido¹

Mo Yan



KAILAS

Título original: Cangbao tu

© 2003, *Mo Yan*

© 2017 de esta edición: *Kailas Editorial, S.L.*

© 2017, de la traducción y de las notas: *Blas Piñero Martínez*

Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

Realización: Carlos Gutiérrez y Olga Canals

ISBN ebook: 978-84-16523-83-2

ISBN papel: 978-84-16523-82-5

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

kailas@kailas.es

www.kailas.es

www.twitter.com/kailaseditorial

www.facebook.com/KailasEditorial

Índice

[El mapa del tesoro escondido](#)

[Notas del traductor](#)

[El autor](#)

En esta historia todo lo que se cuenta —de principio a fin— es verdad; y en esta historia —de principio a fin— no hay nada que se cuente que sea verdad².

Era domingo y los coches se apelonaban en la gran avenida. Los pequeños autobuses cruzaban horizontalmente y se abrían paso verticalmente; los taxistas veían un descosido en el embotellamiento y se colaban a través del agujero; y las bicicletas se metían como podían delante de los taxistas. Yo estaba en la acera, paseando, totalmente atontado y sin saber en realidad qué hacer. Los peatones iban y venían, me empujaban y me zarandeaban de un lado a otro, y luego se iban como si yo no estuviera ahí en medio de la calle. Todos eran como unos extraños para mí y nadie me reconocía. Yo tampoco reconocía a nadie. Y, de repente, alguien me dio una palmadita en la espalda. Casi me muero del susto y oí junto a mi oreja algo parecido a una explosión: ¡Hola! Me giré y lo vi. Era mi antiguo compañero de la infancia y de la escuela de enseñanza primaria, Make, que me estaba llamando con su enorme boca y encima me sonreía como un sinvergüenza.

¿Eres tú, Make? ¿Ese mequetrefe que...? Pero ¿cómo puedes ser ese mismo mequetrefe que...? ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo viniste a Beijing? ¿Y qué te ha traído hasta aquí?, le soltaste a bocajarro. Te vi de lejos, amigo, menudo estás hecho... Hacía tiempo que no te veía —te dijo él—, y... te has..., te has engordado como un cerdo, vaya que sí; pero tu manera de caminar, como la de un pato, en eso no has cambiado nada. Yo le respondí que él tampoco había cambiado en una cosa: seguía siendo el mismo bocazas de siempre. Mis pasos tampoco habían cambiado y caminaba a la misma velocidad y de la misma manera que siempre. Te dijo que había venido hacía varios días y que su primera intención era ir al zoo para ver los tigres. La segunda intención era verte a ti. La segunda razón era más importante que la primera, por supuesto. El primer día vi los tigres; y no solo vi los tigres, sino que vi las jirafas y los elefantes, y también los monos, y los osos panda. A ninguno de ellos le incomodaba mi presencia, y el que más pasaba de mí era el tigre. El tigre que había en el zoo se entretenía a su aire sin hacerle caso a nadie. Se tumbaba sobre su pancha en la montaña falsa y se ponía a masticar su hierba, y, sobre todo, la col china, la cual cogía con sus garras con especial ahínco. El tigre no se sentía en absoluto enojado con mi presencia. No tenía un solo pelo de sus bigotes tenso. El cuidador del zoo le lanzó un conejo vivo y el tigre se puso a temblar como si se fuera a cagar encima. Con el rabo entre

las piernas, se metió en su agujero. Parecía que el tigre era un conejo y el conejo, un tigre. Pude ver que el tigre se tumbaba en su agujero sobre una especie de manta. Sobre una de las paredes de la guarida del tigre había un aparato de televisión en el que echaban películas guarras. Me pregunté si esas películas estaban ahí para poner cachondo al tigre. Pero no, porque ese tigre ni siquiera tenía fuerzas para copular. Al ver el tigre me acordé de ti y quise buscarte. Encontré tu casa gracias a la dirección que me proporcionó un antiguo miembro de tu familia. Golpeé varias veces a la puerta de tu casa y, tras oír un crujido, vi a una mujer que más que una mujer era una tigresa (sí, con la cabeza de un tigre e igual de grande) con dos colmillos que eran de un auténtico tigre. No era tu *laopo* (tu esposa), y me preguntó con aire salvaje: ¿Y a quién buscas tú? Yo le dije que te buscaba a ti. Y ella me dijo: Pues te has equivocado, y me cerró la puerta en los morros. Yo volví a golpear la puerta y la puerta volvió a abrirse. Esta vez salió un tipo con la cabeza triangular de una tortuga que tampoco eras tú. La tortuga se mostraba todavía más agresiva con su manera de hablar. ¿Qué quieres? ¿Todavía no has acabado? ¿Me iba a denunciar a la policía? Entonces lo comprendí. La dirección que habías dado al antiguo miembro de tu familia era falsa. La dirección donde yo había golpeado a la puerta era definitivamente una dirección falsa, mequetrefe. Pensé que debía comprar inmediatamente un billete de autobús y regresar a casa. Pero no contaba con que un ladronzuelo iba a robar mi cartera y todo el dinero que llevaba en ella. ¿Qué podía hacer? Pues me vi obligado a deambular por las calles tan libre como un pájaro. Me pasaba el día yendo a los restaurantes y mendigando algo para comer. Las vísceras son vísceras, pero al menos alimentan, y eso es lo que cuenta. Y por las noches me iba a dormir a un agujero que había junto al puente. El frío es el frío, pero al menos el aire es fresco y eso es lo que cuenta. Ahora me muero de hambre. Había pensado que podríamos ir a la cantina El Jardín de los Diez Mil Favores. Te vi a lo lejos y pensé: ¿Iba a tener tanta suerte? Te buscaba por todas partes y no te encontraba. ¿Cómo iba a pensar que me iba a tropezar contigo en la calle? Al principio, dudé. ¿Eras tú? Me puse muy nervioso. ¿Y si me equivocaba? ¡Mierda! ¡Qué desastre! Pero cuando te vi caminar... ¡Ese no podía ser otro que tú! Para asegurarme de que estaba en lo cierto, di unos pasos y me acerqué hasta estar a un par de *li3* de ti. Estaba junto a ti, a un paso..., y retenía en aliento para que no te ofendieras. Pero tú no te giraste. No te giraste, efectivamente, pero yo te reconocí. Tu cuello, tus orejas, tus mofletes, tu voz y tu manera de toser... Todo ello era

genuinamente tuyo. Con esas características y lo patoso que eres cuando andas, uno te reconoce de muy lejos. Inconfundible. Incluso viéndote de espaldas. Quiero decírtelo para que te enteres: que nos hayamos visto es una felicidad y no un desastre. Nada desastroso va a pasar. Te lo digo ahora para que te enteres: a esto se le llama buscar con todas sus fuerzas unas zapatillas de hierro y no encontrarlas en ninguna parte y, de repente, cuando uno ya se da por vencido..., ¡va y las encuentra sin mover un dedo! ¡Qué jodido es este mundo! ¿Y no me preguntas qué se me ha perdido en Beijing y por qué he ido a ver los tigres? Aunque no me lo hubieses preguntado, yo te lo habría dicho. Tengo un hambre que me muero. Un hambre pronunciada, diría yo. No sé si puedo pedirte que me lleves antes de nada a un restaurante para comer algo copioso... No tengo un céntimo en el bolsillo pero tú podrías invitarme. ¡Seguro que sí! ¡Qué corazón el tuyo! Invítame, sí, a que me ponga ciego. ¡Ah!... Y también podrías prestarme algo de dinero para el viaje de vuelta. Un poco de dinero para el billete de autobús. Si no me prestas el dinero, yo me quedo en tu casa. Me empieza a picar el cuerpo. Es más que probable que tenga piojos. He pasado diez días en ese agujero junto al puente como un auténtico pordiosero. De hecho, dormía con un montón de ellos y ya se sabe que esa gente tiene piojos para dar y vender. El bermellón enrojece y la tinta china ennegrece. Lo que quiere decir que juntarse con una buena persona es siempre una buena cosa porque nos hace buenos. Pero el problema es que cuando uno se arrima a un piojoso, uno acaba teniendo piojos y también se convierte en un parásito. Y si encima traigo piojos a tu casa, a ti igual no te importa porque eres mi amigo, pero a tu *laopo*... Incluso si tu *laopo* consiente que yo esté en tu casa, tu hijo no creo que esté de acuerdo. Incluso si están todos de acuerdo, por dentro no van a estar muy contentos, y yo puedo comprender por qué no van a estar muy contentos. Sé que pondrán cara de contentos, pero no lo estarán y odio la hipocresía. El sufrimiento de la humanidad no es nada comparado con lo que yo estoy sintiendo en estos momentos. Si eres algo inteligente, llévame a una cantina a comer algo y luego me prestas algo de dinero. ¿Te parece? Abre bien tus oídos y escucha lo que tengo que decirte: aunque te diga que quiero que me prestes dinero, en realidad no tengo nada previsto. No me importa lo que me des, todo eso es al fin y al cabo como un *baozi* (un panecillo blanco) relleno de carne de cordero que se da a un perro. ¡Sabes que se irá pero que nunca volverá! Ahora, por cierto, lo que más está de moda es pedir prestado dinero. Si me das dinero y encima me llevas al restaurante, te haré un regalo. Te lo prometo. Yo, en esta

ciudad salvaje e inhóspita, me he topado contigo y te juro que no ha sido fácil. Podrías salir huyendo, pero con esas piernas cortas que tienes no ibas a llegar muy lejos. Y si te da por salir corriendo, yo te voy a seguir detrás. Y no solo voy a seguirte, sino que voy a gritar: ¡Al ladrón, al ladrón! Atolondrado como eres, cogerías el *baozi* caliente y relleno de habichuelas de soja que llevas en tu mano y lo dejarías caer en una pila de cenizas. Soplar no podría soplar, y lavarlo tampoco podría lavarlo, pero estoy seguro de que la gente me ayudaría a pararte los pies y te reventaría la nariz por haberme hecho eso. Dadas estas circunstancias tan poco deseables, lo mejor es que vayamos a la cantina. Te doy tres minutos para que te lo pienses. Y quiero decirte además que ayer oí decir a una mujer en la calle que los piojos pueden transmitir numerosas enfermedades, como la fiebre tifoidea, la disentería, el cólera y el sarampión. Puede hasta infectarte el SIDA. Piénsatelo bien. Solo te quedan dos minutos. Si coges el SIDA, estás bien jodido. El rey Yan —que es el rey de los infiernos— te va a dar inmediatamente un visado y te va a invitar a que lo visites en su hermoso país. Te queda solo un minuto. Solo tienes cuarenta años y todavía eres muy joven para morir. Solo te queda medio minuto. Te doy un consejo: no seas un mentecato. ¿Lo has pensado ya o qué?

En realidad, yo no había pensado en nada y lo único que podía hacer era llevarlo a un restaurante. Tuve que tomar una decisión y lo mejor era llevar al mequetrefe junto a una mesa para que se saciara con un poco de comida y darle luego algo de dinero. Esa era la mejor decisión. No mucho antes, en una novela roja que pasaba durante la Revolución y que se llamaba *La canción de la juventud*⁴, leí que el señor Yu Yongze y su mujer —la joven e ingenua Lin Daojing—, recién casados y en su pequeña casa en Beijing, para la festividad del Año Nuevo, estaban los dos sentados junto a la cacerola humeante y perfumada que se calentaba encima de las llamas vivas de la cocina. Los dos brindaban por el nuevo año con un vaso de vino rojo en las manos. El ambiente era formidable y propicio para el amor de un par de recién casados, cuando, de repente, un viejo conocido del pueblo del señor Yu que había trabajado en el pasado para la familia Yu, sucio por haber pasado a través del barro y el agua, y con un saco a las espaldas, se presentó en la casa de la joven pareja para mendigarles algo de comida y un poco de dinero. Yu Yongze le dio diez yuanes y pensó que se iba a ir la mar de contento, pero el viejo pordiosero no se fue. El hombre empezó a soltar una cháchara que molestó a Lin Daojing y Yu Yongze. Con mi antigua amistad, Make, me sentí como Yu Yongze con su visita inesperada, y yo debía actuar con la

misma hipocresía que Lin Daojing. Eso es lo que las gentes de Beijing llaman «actuar como una *yatou*»; es decir, una de esas jóvenes domésticas, casi esclavas, que entraban a menudo en las familias antiguas como concubinas y eran muy falsas. Es decir, debía mostrarme un poco falso y malintencionado. Pero tenía la impresión de que ese tipo actuaba un poco demasiado bruscamente, un poco demasiado «tocando las narices» y sin dejar muy claro cuáles eran en realidad sus verdaderas intenciones. Aunque me constaba que los pobres son gente que suele actuar así, eso no justifica que deban comportarse constantemente así con los demás. Los modales son los modales, se sea pobre o rico. El pobre debe llevar la palanca sobre los hombros y obedecer al señor. ¿Desde cuándo se ha visto que los pobres humillen a los señores pidiéndoles que trabajen para ellos? Un pobre que se precia de serlo, y no los de ahora, debe morir de frío con la cabeza gacha y morir de hambre doblado. ¿Qué es eso de ir a la casa del señor para mover la cola y mendigar unos céntimos? Nadie deseaba enterrarlo ya, y menos, llevar la losa de la tumba para no verlo más; y, por supuesto, el viejo no se quedó contento con el dinero que le dio Yu Yongze y por eso se soltó la lengua. Yo sabía que la clase a la que pertenecía tenía muchos problemas de conciencia cuando hacía falta tratar con los pobres y había hecho un gran esfuerzo por estudiar libros sobre la lucha de clases. Eran extremadamente conscientes de lo que eran las clases sociales. Pero en esos momentos, al ver a ese piojoso que había recorrido tantos *li* para llegar hasta la capital y ver un tigre en el zoo, a ese tarambana de la escuela primaria, mi nivel de conciencia de clase había bajado a unos mínimos históricos. Creo que era mucho peor que el viejo conocido de Yu Yongze en *La canción de la juventud*. Prefería invitarlo a comer antes que comprarle el billete del autobús. No quería que se fuese a casa de esa manera. Sabía el argumento de que es fácil invitar a Dios pero difícil sacárselo luego de encima. Si lo metía en mi casa, el piojoso iba a ver todos los productos de marcas caras que poseo y creería probablemente que mi casa era también su casa.

Pensé al principio en llevarle a comer algo de esa carne de cordero tan gustosa que preparan siguiendo el estilo del norte, pero al pasar frente a una cantina de *jiaozi* (raviolis chinos) de esas tan típicas de Beijing, le dije al piojoso: Compañero, ¿por qué no nos metemos en esta cantina de *jiaozi*? Nada mejor que unos *jiaozi* al estilo de Beijing para comer bien. Él me respondió: Pues vale. La gente que quiere ir a un restaurante sospecha siempre de los restaurantes de la capital, aunque esperaba que me invitases a

tomar el famoso pato horneado a la pekinesa. Luego se puso a hablar a chorros de las virtudes del pato laqueado a la pekinesa y sus ganas de probarlo. Citó al antiguo presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon: «Si no has estado en Beijing, no puedes decir que has estado en China; y si no has probado el pato horneado a la pekinesa, no puedes decir que has estado en Beijing; y, por lo tanto, si no has probado el pato horneado a la pekinesa, no puedes decir que has estado en China». Yo me hice el tonto, y, por dentro, mientras el piojoso seguía hablando del pato a la pekinesa, dije: ¿Y por qué no? ¿Te apetece comer esa delicia? Él me dijo: La próxima vez que venga a la capital y no me roben la cartera, iremos a uno de esos restaurantes de pato laqueado a la pekinesa. No solo seré yo quien te invitará a comer a ti, en persona, sino que invitaré también a tu *laopo* y tu hijo. Compraré varios patos de esos que cuelgan de los ganchos y os los ofreceré para que os los llevéis a casa y os los zampéis todos. Además, añadió que el pato horneado a la pekinesa no estaba tampoco tan bueno. Alguien que ha alcanzado una posición elevada ya no toma ese tipo de carnes. Ahora, las gentes de Beijing, como las del resto del país, se llenan con verduras y más verduras. Prestan una atención particular a los productos que tienen mucha fibra, como el sisal, el carrizo o los cactus. Toda esa comida se valora mucho en estos días. Esos tarambanas vienen a nuestro distrito de la prefectura — nuestro *xian*⁵— en busca de pezuñas de camello, patas de oso, carajos de mar y orejas de mar para subirles la presión de la sangre y helarles las manos. Cuando esa gente tiene problemas en la cabeza, el pueblo llano pasa mejor sus días. Le dije: Y tú, ¿cómo sabes todo eso? ¿Dónde has aprendido esos conocimientos científicos un poco desordenados? Y él me dijo: Pero ¿acaso crees que todos los campesinos somos unos ignorantes? Yo le respondí: No, los campesinos no son unos ignorantes. Soy yo quien precisamente soy un ignorante. Me dijo con desdén: ¿No me digas que eres un campesino? ¿Creías que por tener en Beijing un dúplex con espigas de mijo en las paredes, y losas de cerámica o parqué en el suelo, habías dejado de ser un campesino de verdad? Tú siempre has sido un campesino. Tú eres ese tipo de gente que pasa tres años en remojo en agua salada, tres años hirviendo en agua con sangre y tres años lavándose en agua mineral, y luego va y se cree que ha dejado de ser un campesino. Yo le dije: Sí, cierto, cierto... Lo que dices es cierto. Yo siempre he sido un campesino. Por eso no me queda otra opción que invitarte a comer raviolis chinos en Beijing. Y tras decirle esas palabras, lo llevé a una cantina donde preparaban los *jiaozi*.

En el interior de la cantina de los *jiaozi* en la que nos metimos los dos no había mucho espacio que digamos. Había solamente tres mesas largas y nueve taburetes. Una pareja se ocupaba de preparar los raviolis. El viejo tenía la cabeza totalmente blanca y aparentaba más de cien años. La vieja tenía la cara más arrugada que he visto en mi vida y aparentaba tener más de cien años. Al entrar, vimos a los dos ancianos sentados y fumando unos cigarrillos. El hombre expelía el humo de su boca y la mujer también expelía el humo de la misma manera. Nuestra presencia los dejó tan fríos e indiferentes como si no hubiese entrado nadie. La abuela sujetó el cigarrillo con la boca y nos preguntó con una voz clara y fina que no correspondía para nada a su edad: Eh, ustedes dos, ¿quieren comer raviolis o qué? ¿Cuántos? ¿Rellenos de qué? ¿Acompañados de unos platillos de verduras? ¿Cerveza? Miré a Make para ver si estaba de acuerdo. Él me dijo que si a mí me parecía bien, a él también le parecía bien. El problema era que a mí no había nada que me pareciese bien. Make le preguntó a la abuela: Y ustedes, ¿qué tipo de relleno para los raviolis tienen? La abuela le dijo que tenían col china, zanahoria, hinojo y las tres delicias: pollo, pescado y gambas. Le dijo además con cierto orgullo que lo tenían todo en la cantina. Cada uno de los raviolis pesa medio *jin*⁶. Y si os quedáis con hambre, os pongo más. Nervioso y algo tenso, Make le preguntó: ¿Y no tienen carne de tiburón? ¿Y de cocodrilo? ¿De tigre? ¿De zorro? ¿Y nos dicen que tienen todo?... La abuela movió la cabeza varias veces y puso una mueca de desagrado: Nosotros ya no somos unos polluelos y no tenemos la energía para comprar esas cosas, ni sabemos dónde. Él dijo que ya sabía que no tenían esas cosas. Se lo voy a decir: Si ustedes no tienen esas cosas, otros sí que las tienen. Lo que ustedes no comen, otros sí que lo comen. Ustedes, los pekineses, se creen que lo saben todo porque viven en la ciudad de los emperadores. En realidad, ustedes no saben un pijo de nada; son unos auténticos ignorantes. Luego empezó a hablar a borbotones de los *jiaozi* de carne de tiburón que comía con sus camaradas de Yantai; de los *jiaozi* de cocodrilo que comía con sus camaradas de la provincia de Guangdong; de los *jiaozi* de carne de tigre que comía con sus camaradas de las montañas del Gran Khingan; y de los *jiaozi* de carne de zorro que comía con los camaradas de su terruño. La carne de tiburón, fresca y roja, no muy gruesa, y metida en los raviolis sabe a las mil maravillas. Durante la Gran Revolución Cultural —prosiguió Make—, un kilo de carne de tiburón valía ocho *mao*, y, a pesar de valer solamente ocho *mao*, mucha gente no podía comprarlo por caro. La carne de cocodrilo se vendía por

unidades de peso *liang* (unos cincuenta gramos), y cada *liang* valía veinte yuanes. Un poco caro, a decir verdad. Pero a mis camaradas les gustaba tanto la carne de cocodrilo que no les importaba nada pagar esa suma. Los *jiaozi* de carne de cocodrilo son, a fin de cuentas, buenísimos. Ay, soy incapaz de explicaros claramente todo lo que representa mi cultura, y a pesar de que soy licenciado en la universidad de la vida, las Naciones Unidas reconocen mis méritos. Cuando te lleve a comer con los camaradas de mi terruño, le diré a uno de ellos que le diga a su nuera que te cocine algo, y ya verás lo que es chuparse los dedos. Los *jiaozi* rellenos con carne de zorro saben un poco a meados, pero hay gente que adora comer algo con ese olor tan especial. Es algo parecido al caso de la secretaria de nuestro *xian*, a la cual le encanta comer intestinos de cerdo, que huelen que ni te explico. De hecho, a esa mujer, en su primera juventud, para alegrarla, le preparaban intestinos de cerdo, primero frotándolos en agua alcalina para lavarlos, luego poniéndolos en remojo con agua salada y al final enjuagándolos con agua clara. Pero la secretaria del comité del Partido se enfadaba, golpeaba la mesa y les decía: ¡La madre que os parió! Pero ¿qué habéis hecho? Y todo eso porque, con tanto lavado, el olor a meados y mierda se iba del intestino. ¿Dónde ha ido el sabor de los intestinos, cabezas de chorlito? Para calmarla, cogían mierda de cerdo y frotaban los intestinos con ella antes de servirselos a la secretaria. La mujer, al probarlos, se relamía y les decía: Vosotros sí que sois unos auténticos camaradas del Partido Comunista Chino. Sin crítica, no avanzáis. Más tarde, la secretaria promocionó en la administración pública local a quien se le había ocurrido mezclar la mierda de cerdo con los intestinos. Cuando uno come carne de zorro, los pedos son luego muy olorosos. Un día comí muchos *jiaozi* rellenos con carne de zorro y luego tomé el autobús para ir a la ciudad. El que vendía los billetes quería discutir conmigo y me dijo que no le había dado la suma correcta de dinero. Yo me puse tenso y me tiré un pedo. El autobús se llenó con el olor apestoso de mi pedo y todos los que iban en él lo olieron. El conductor, que olía a diario a gasolina, no se dio cuenta al principio del pedo, pero luego frenó de golpe, paró el autobús y salió corriendo. La peste que se olía dentro del autobús era insoportable. Se dicen muchas cosas, pero los mejores raviolis que he probado en mi vida son los de la carne de tigre, y fue en las profundidades secretas de las montañas del Gran Khingan (Da Xing'an), en Manchuria. Tenía un amigo que era de hierro —contó Make—, con el que se había convertido en hermano por el contacto de sus sangres. Los dos quemaron juntos sus palitos de incienso en

el trípode y sus cerebros empezaron a arder juntos. Ese tipo era un fusilero embrujado como había pocos en las montañas, y para darle la bienvenida a su hermano de sangre, arriesgó su vida. Corrió hacia la guarida del tigre y disparó a un tigre colorido y feroz. Era un tigre macho bien formado. Después de despellejarle el pene, este medía aún ochenta centímetros. Su amigo no solo lo invitó a comer *jiaozi* de carne de tigre, sino que le ofreció el pene del tigre y le pidió que lo pusiera en alcohol cuando regresase a casa y bebiera el licor. Su amigo le dijo que eso funcionaba muchísimo mejor que el Viagra. Le dijo que el pene del tigre de la montaña de Changbai, nuestro tigre, te pone el churro más duro que una barra de hierro. También le dijo que eso era un tesoro para las mujeres. Si no te van esos placeres divinos, coges el pene del tigre y te haces un cinturón con él. Pensé en ponérmelo para venir a Beijing y que tú me lo vieras puesto; pero, desgraciadamente, un gato muy travieso se lo comió. Confundió probablemente el pene del tigre con un pescado seco. El resultado fue previsible: todas las gatas, incluso las perras, huyeron sin dejar rastro del pueblo. En un radio de cien kilómetros, solo quedó el gato macho —y muy brutal— de su familia. El gato se puso a rugir como un león y asustó a todo ser viviente en el pueblo. Nadie pegaba ojo por las noches. Los *jiaozi* rellenos con carne de tigre son los más deliciosos que hay en este mundo y los que más alimentan. Los hombres que no tienen un nivel muy alto de conciencia social —si comen *jiaozi* de carne de tigre— son los más vulnerables para cometer crímenes atroces. Y si no cometen un crimen, les hierve la sangre de los pies a la cabeza y se calientan como una máquina de vapor. Sin otra solución, solo hay que escuchar las recomendaciones de los camaradas: meterse en las aguas heladas del río Heilongjiang —esas aguas que cuando se hielan suelen tener un metro de grosor— en invierno. Si no comes carne de tigre y saltas a las aguas heladas del río Heilongjiang, te quedas helado en apenas tres minutos. Pero cuando se salta a las aguas del río, uno se siente muy aliviado. Make contó que fue todo lo que hizo tras comer la carne de cerdo y que por eso se puso a nadar en las aguas del Heilongjiang. La superficie del río desprendió vapor. De lejos, parecía que las aguas del río se habían puesto a burbujear. Los viejos, tanto hombres como mujeres, eran escasos; pero muchos fueron los que vinieron a ver el espectáculo. Incluso las jóvenes rusas de la otra orilla sintieron curiosidad por un fenómeno así. Vinieron en motocicletas y yeguas; incluso algunos vinieron en trineos tirados por caballos o perros, incluso por ciervos *sica* y ciervos del padre David. Todo eso ni era nuevo ni era extraño para mí.

Pero lo más nuevo y lo más extraño fue ver a una joven rusa de enorme tamaño que vino montada sobre los lomos de un tigre. El tigre iba debajo de ella tan dócil como un gatito. Sobre el cuello del tigre había colgado un cencerro de cobre que hacía *tolong, tolong* a cada paso. Era imposible no percibirlo desde lejos. Make continuó contando: Mis conocimientos sobre las cosas de este mundo son grandes y profundos, pero yo nunca había visto a una mujer montando un tigre y me sorprendió un poco. Pero tampoco fue un acontecimiento, ese, que iba a cambiar mi vida de la noche a la mañana. Cuando otro está a punto de dañarla, la gente ve nacer en su interior un miedo súbito, enloquece, y quiere saltar a ayudarlo como sea, pero si ellos ven que finalmente no pasa nada, se quedan en su sitio, mirándolo desde la lejanía. La rusa que montaba el tigre no era muy bella y se plantó delante de mí. Tanto su nariz como la del tigre estaban cubiertas de nieve blanca. Las cejas de la mujer y los bigotes del tigre estaban helados. La joven me dijo algo. Gruñó algo que resultó ser una canción o una regañina. Era una lástima que yo no entendiera el ruso, si no me hubiera entendido esa mujerzuela. Yo no comprendía el ruso, ni aguantaba que otra gente me aleccionara en esas circunstancias. Eso no ayudaba en nada a mejorar las relaciones chino-rusas. Yo no tenía otra solución que sonreírles a los dos, tanto a ella como al tigre; pero tampoco esboqué una sonrisa amplia y generosa ya que, como tú sabes, enseñé los dientes como un perro. La mirada de esos dos me aterrorizaba. La sonrisa de la mujer, incluso si no era bella, al menos servía en esos momentos para crear una relación social. Yo les había sonreído, por lo tanto, a la mujer y al tigre, y ella me devolvió la sonrisa como debía ser. Su sonrisa tenía algo de indescifrable y parecía más bien una metáfora de algo que no llegaba a saber. Pero ¿una metáfora de qué? No tenía otra opción que emplear los *jiaozi* rellenos de carne de tigre para describir la sonrisa de la rusa. Su sonrisa era igual de bella que los *jiaozi* de carne de tigre que me había comido. ¡Sí, igual de bella! Al tigre no le importaba nuestro intercambio cortés y diplomático de sonrisas estúpidas, y más bien parecía que había derramado unos lagrimones que eran como ríos y que le llegaban hasta los bigotes de la boca. El tigre sacaba su lengua roja y se lamía una y otra vez las lágrimas. Tenía una lengua puntiaguda y carnosa que alcanzaba los lagrimones con la punta. Si te daba un lametón en la cara, te la dejaba sin carne y los huesos de tu calavera aparecerían al instante. En nuestro municipio había un hombre que se llamaba Xu San al que un oso lamió la mitad de la cara y se la dejó con el hueso del pómulo al aire. ¿Todavía te acuerdas de él? Se decía que era

un pariente lejano de vuestra casa. Pero la lengua del tigre es más afilada que la del oso. Así que no creo que sea muy divertido que te dé un lametón en la cara. Yo sabía por qué lloraba el tigre: le había llegado el olor de mi aliento y este llevaba en él la carne de tigre de los *jiaozi*. Intuí que la carne con la que se habían rellenado los raviolis que me había zampado había salido de algún familiar de ese tigre. Pero eso no eran más que conjeturas mías. La carne de tigre que habíamos comido provenía de un tigre macho y el tigre que montaba la rusa era un tigre hembra. Lo supe exclusivamente por la expresión de la cara de ese tigre. Así que la carne de tigre que habíamos tomado con los *jiaozi* debía pertenecer seguramente a su marido. Fue un matrimonio transnacional entre chinos y rusos. Y al pensar en eso, me entró mucho miedo. Aunque se hubiesen divorciado o el destino los hubiese separado en los dos países, ya se sabe que en cada día vivido por un marido y una mujer hay cien actos generosos. Los sentimientos de los hombres se rigen por los mismos mecanismos que los de los tigres, y yo era consciente de que me había zampado a su marido. Así que si la tigresa me zampaba, ello obedecería sin duda alguna a un acto de suprema justicia...

Make pidió un platillo de cacahuets, otro de piel de cerdo en gelatina y un par de botellas de cerveza. La abuela trajo con sus manos la cerveza y los platillos y retrocedió un par de pasos, apoyándose en la puerta con la cabeza inclinada, donde se puso a fumar golpeándose los labios. Parecía un halcón silencioso que contemplaba algo a lo lejos. Make dijo: Señora, se lo ruego, ¿puede dejarnos por un momento? Somos dos hermanos que hace tiempo que no nos hemos visto y tenemos muchas cosas importantes que decirnos. Si se queda ahí, mirándonos de esa manera, me voy a olvidar de lo que le debo decir a mi hermano. La abuela le contestó: ¿Me hablas a mí? Y él le dijo que por supuesto que le hablaba a ella. Y si no te hablo a ti, ¿a quién coño le hablo? La abuela hizo una mueca fea con la boca y se metió en un abrir y cerrar de ojos dentro de la cocina. Nosotros pudimos oír que la abuela, una vez dentro, junto a la tabla donde se cortan las carnes, y donde el viejo estaba preparando el relleno para los raviolis, decía airadamente: ¡Eres un pobre desgraciado y un pedante! ¡Qué cosa eres! ¡Ese tipo se cree que está solo! Make y yo nos quedamos mirándonos el uno al otro, y Make esbozó una sonrisa sin decir nada. Yo le critiqué en voz baja: Tú estás loco, Make. «Antes de comer, no ofendas a la cocinera; y antes de irte a la cama, no ofendas a la *laopo*». ¿Es que no lo sabes? ¿Cómo van a ser los *jiaozi* que nos van a preparar estos dos? Él me dijo: Tranquilo, hombre. Se trata solamente

de poca carne y mucha verdura, como de costumbre. ¿No deberíamos pensar mal?, le dije. ¿No temes que la abuela nos diese piñón de Indias, mosca española o algo parecido? Él me dijo: No deberías tener este tipo de pensamientos con la gente. En este mundo hay más gente buena que mala. Tras decir eso, Make parecía ya el gran señor, el cual acompañaba a su subalterno a sentarse a la mesa. Le dije: ¿Cómo? ¡Siéntate tú primero! Y él me repuso: Si tú no te sientas primero, ¿cómo voy a hacerlo yo? Le dije: Pero ¿quién es quién aquí? Yo me siento y tú te sientas seguidamente. Los taburetes eran muy pequeños y mi trasero muy grande. Muy cómodo no podía estar por lo tanto; pero no me atrevía a decir que mi culo era demasiado grande y que no estaba cómodo sentado en esos taburetes diminutos. Si se lo hubiera dicho, seguramente habría querido cambiar de lugar. No habríamos parado de buscar un lugar donde comer hasta llegar al restaurante de la familia de pescadores de Nangang (en Taiwán, el Puerto del Sur) que hay en Beijing, y encontrar uno de sus sillones aterciopelados y confortables donde pudiera sentarme para degustar la comida; pero comer en ese restaurante cuesta un ojo de la cara. Ahí, además, hay muchos peces gordos forrados de dinero que se gastan el dinero público en marisco. Incluso si se gastasen el dinero privado, les cobrarían por el pescado grande y no por el pequeño.

Make vertió cerveza en mi vaso y me dijo que me lo advertía: la cerveza debe caer por uno de los lados del vaso, si no, crea demasiada espuma y el líquido se va al traste. Ese método de servir la cerveza, yo lo había oído decir unas ocho mil veces. Make parecía, simplemente, estar dando una lección de lengua china a un experto en el *Clásico de tres caracteres*⁷. Yo escondí mi disgusto ante él y, con el vaso en la mano, dije: Ven, mi viejo compañero de clase. ¡Brindemos! ¡*Ganbei!* Y él me dijo: ¡Vale! ¡*Ganbei!* Somos hermanos que no se ven desde hace una eternidad. ¡Bebamos y soltémonos! ¡Hasta emborracharnos! Mi corazón empezó a latir con más fuerza cuando oí que me decía que debíamos emborracharnos, y me preocupó. Ya había oído decir desde hacía tiempo que a ese mequetrefe le gustaba empinar el codo hasta alcanzar niveles de ebriedad rara vez alcanzados en un ser humano. Si se emborrachaba, su plan se iba inmediatamente al traste. Al menos, en un ochenta o noventa por ciento. Entonces, le corregí enseguida: ¡No! ¡Dejémonos de tanto *ganbei!* Bebamos un poquito, pero pensemos en nuestra salud. Me miró con ojos inquisitivos y me dijo: Amigo, he viajado del sur al norte, de Nanjing a Beijing, de fuera del país a dentro del país, y en mi vida he oído decir a nadie que la cerveza es mala para la salud. ¿Qué es la

cerveza? Tiene agua y está hecha de cereales, como los *mantou* (bollos al vapor rellenos) de mi pueblo. ¿Que puede dañar la salud? Lo que acabas de afirmar es una auténtica falacia, amigo. A mí no me tomas el pelo. No solo no te gusta gastar dinero, sino que gastar cuatro miserables yuanes en cerveza te mortifica. Esa es la verdad. ¿No es así? Tú, incluso si me permites llenarme la barriga de cerveza, beber hasta que mis ojos estén rojos y mi garganta áspera, incluso si haces venir diez botellas para mí solo, ¿no vas a tener suficiente dinero? ¡Eres un rata, amigo! Te lo voy a decir para que te enteres. ¡Ese dinero no vale ni el pelo de nueve bueyes! ¡Venga, no te cortes y brindemos! Y si no quieres brindar, te lo digo: ¡Serás un tipo que detesta al pobre y ama al rico! ¡Te habrás vendido a los ricos y habrás olvidado a las gentes humildes de tu terruño! ¡Eres como ese desgraciado de Chen Shimei⁸ que mató a su esposa y eliminó a los testigos! ¡O ese corrupto miserable de Liu Jiehai! Le pregunté: A Chen Shimei, yo lo conozco; pero ¿quién es ese Liu Jiehai? Make palmeó violentamente la mesa: Mira, mira y mira... ¿No te lo he dicho? Tú ni siquiera sabes quién es Liu Jiehai, y eso es muy grave. Se acababa de poner a contarme la historia de Liu Jiehai cuando una mosca se posó sobre su nariz: A..., a..., ¡achís!... Y cuando la mosca se fue, ya se había olvidado de Liu Jiehai y su historia.

Make cogió los dos palillos y me dijo: Come, come... No te cortes... En esta cantina, aunque no haya alas de tiburón ni nidos de golondrinas, hay bastantes especialidades. En el restaurante de un abuelo y una abuela, nunca surgen problemas y el tigre no se come al hombre, y el hombre no hará daño al hombre. En un restaurante de unos esposos jóvenes, te lo digo yo, sin diez millones en el bolsillo no debes entrar. Si tú no quieres entrar en ese tipo de restaurantes nuevos y gastarte una fortuna, debes prepararte para estar todo el tiempo de pie o tumbado en una cantina. Beijing es la capital de China y no tiene nada que ver con otros lugares, ni con nuestro terruño. La mayoría de los restaurantes de los matrimonios jóvenes son así: un tercio son como la Unidad 731⁹ de esos diablos japoneses; otro tercio son como los *mantou* de la joven Sun Erniang¹⁰; y el otro tercio son como el departamento de salud pública de nuestro terruño; dentro, entran vivos y luego salen muertos. ¿Conoces el hospital de nuestro terruño? Está en la gran avenida junto al edificio del gobierno y es de ladrillo pintado en rojo y muy cuadrado. De lejos, parece un inmenso pedazo de carne de tiburón. En ese hospital, todos los que se habían hecho médicos y enfermeras eran en su mayoría piojos que se habían pegado a los pelos de una verga —como se dice vulgarmente en

nuestra tierra—, a una verga gorda y erecta. El doctor más famoso del departamento de cirugía se llamaba Zhao Sanping y fue promovido a vicedirector del departamento de salud pública de nuestro *xian*. Era el hermano pequeño de la mujer del secretario de Comité del Partido de nuestra prefectura. Y a pesar de ser el vicedirector del departamento, hablaba con más autoridad que el director. El departamento entero se ponía en marcha ante una sola mirada del cirujano. Ese tipo era un oso grandullón con pelo en el pecho, y el pelo del pecho se juntaba a las plumas, y las plumas se juntaban a los pelos de las piernas. Ese tipo tenía pelos por todas partes, de los pies a la cabeza. Pero estaba calvo. No tenía un solo pelo en la cabeza, pero sí una barba larga y espesa. Era el único lugar en su cuerpo en el que no había crecido un solo pelo. Ese tipo no necesitaba maquillaje para hacer de bandido en una ópera de Beijing. Era el mismísimo Lu Zhishen¹¹ y podía pasar por él en cualquier escenario sin necesidad de retocarlo. Incluso podía pasar como matador de cerdos sin que le tocaran un solo pelo de su cuerpo. Ese tipo era el veterinario de nuestra comunidad y uno de nuestros grandes especialistas en castrar cerdos. Seguro que te acuerdas de él... ¿Te acuerdas? Correcto; es él. Estuvo en nuestro instituto de enseñanza media, el que estaba dedicado a la agricultura, y nos enseñaba cómo castrar a los pobres cerditos. Después de la reforma agraria con la descolectivización, el marido de su hermana, sabedor de su talento y sin demasiadas miras por las reglas de la profesión, ¡lo promocionó a doctor del departamento de Cirugía del hospital! Había que echarle huevos para hacer una cosa así. En realidad, antes de entrar en el departamento de Cirugía, el hombre ya había empezado a operar a más de uno. Al primero que operó fue a su padre, a quien le cortó el apéndice. Y no necesitó anestesia. El hombre se mareaba por el dolor. En casa no tenían yodo y se utilizaba un licor blanco como desinfectante. Cogió el cuchillo de castrar cerdos y..., ¡zas!..., le cortó el apéndice de un tajo. Con la intención de devolver al padre a su estado consciente, el cirujano le cosió la herida como les cosía a los cerdos la piel después de caparlos: es decir, lo puso sobre una tabla y se la cosió con un cordel. Para ello, le tapó a su padre los ojos con una tela negra y la boca con una tela blanca. Hubo gente que observó a través de la ventana esa escena y creyó que era un tigre quien estaba atacando a su padre. Cuando se recuperó, lo primero que hizo el viejo fue tocarse la cicatriz que le había quedado en la parte baja de la barriga y se lo dijo a todo el mundo. Fue el éxito de esa operación el que convirtió al hijo en el doctor cirujano de nuestro hospital de la noche a la mañana. Aquello era como soñar

despierto y a la luz del día. Cortar el apéndice a la gente como se capa a los cerdos no era algo difícil de hacer; y, siendo así, ¿por qué no hacerse un gran doctor respetado por la gente en vez de un veterinario de cerdos que es el hazmerreír de todos? Se fue a buscar a su cuñado para cambiar de profesión. El hermano de su hermana era, al fin y al cabo, un alto cargo de la administración pública, y tenía una alta conciencia social, con conocimientos de las políticas sociales del Partido, y este le dijo que, a pesar de haberse casado con su hermana, de haber cortado con éxito el apéndice y de haber entrado ya en el hospital como cirujano y doctor, él debía realizar ciertos estudios para obtener el título de doctor, ya que de lo contrario se pueden cometer muchos errores que cuestan la vida de los pacientes. Un error y el prestigio de la carrera y de los políticos se va directamente al carajo. Él dijo: Vale, vale, cuñado. Le he escuchado. De hecho, estudió seis meses para graduarse como doctor y entrar por la puerta grande como cirujano en nuestro hospital. Le dieron un diploma con el nivel de una Maestría. Y luego, cargado de confianza y osadía, se puso a operar en el hospital. Desde entonces, no fueron muchos los enfermos que fueron al hospital y salieron de él vivos. El director del comité que se encargaba de la política del hijo único que se aplicaba en nuestro distrito de la prefectura dijo: Si tuviéramos en nuestro *xian* tres cirujanos como Zhao Sanping, la población decrecería hasta mínimos históricos y no necesitaríamos más políticas de hijos únicos en nuestro país. Zhao Sanping había convertido el hospital en un auténtico matadero local y apenas quedaron algunas enfermeras muy valientes y algo salvajes trabajando con él. La más famosa de entre ellas era Niu Xiaocao, la pequeña hierba del buey, que era la hermana pequeña del vicedirector de nuestra prefectura. Los médicos le permitieron hacer una transfusión a un niño; y ella, distraída, mirando siempre a los otros, le introdujo en el cuerpo el contenido de una botella de un licor. Uno de los miembros de la familia del enfermo fue a buscarla y le dijo: Enfermera... Ella, al oír que la llamaban «enfermera», se encendió. Todo el personal del hospital era consciente de esa situación. Incluso los que se encargaban del registro, de calentar el agua o de encajar el dinero o barrer el suelo, eran conscientes de que debían dirigirse a ella como un médico, ya que llevaba una bata blanca. De lo contrario, te jugabas el puesto. ¿Cómo podía tolerar Niu Xiaocao que la familia de un enfermo la llamara a ella «enfermera»? Ella se hacía la sorda y miraba hacia otra parte. Al miembro de la familia le entró mucho miedo dadas las circunstancias en las que se encontraba el niño y olvidó las «normas» de ese

hospital. Seguía, por lo tanto, llamándola «enfermera». Al final, Niu Xiaocao se sintió molesta y se vio obligada a interceder: Les he dicho mil veces que no me llamen «enfermera». Llamadme «doctora». ¿Lo habéis comprendido o qué? El familiar le preguntó, decepcionado: Doctora, doctora, ¿por qué se ha vuelto rojo el niño? Niu Xiaocao le contestó: ¿Y qué pasa? ¿No es algo bueno que se haya puesto rojo? El familiar dijo: Ese rojo no es un rojo normal. Le suplico que vaya a verlo... Niu Xiaocao gruñó: ¡Vosotros, los campesinos, os preocupáis por demasiadas cosas! Al verlo no solo estaba rojo como una zanahoria, sino que estaba vomitando espumarajos blancos y no paraba de temblar. Niu Xiaocao tuvo que admitir con melancolía: Ay, pero ¿qué está pasando? Y poniéndose a reír súbitamente, dijo: Mírame, qué tonta soy... Me confundí y le puse licor en vez de agua salada. El familiar dijo: ¿Qué vamos a hacer ahora? Niu Xiaocao dijo: No pasa nada. El alcohol desinfecta y matará el virus que ha ocupado el cuerpo entero del niño. Se lo aseguro. Este niño no volverá a estar enfermo en su vida, le dijo. Y ahora, ¿quién va a pagarme por el licor que le he suministrado?

Le corté de golpe la palabra: Compañero, esto no está bien. ¿Para qué contar cosas que pueden asustar a la gente? Además, estamos aquí para hablar de cosas agradables. Arrugó el ceño y me dijo: ¡Ay, llenar el estómago es agua amarga! ¿Dónde vamos a encontrar algo agradable? ¿No te lo dije? Comer, beber... Make cogió con los palillos un trocito de gelatina de cerdo y se lo metió en la boca. Luego cogió otro y volvió a metérselo por el gástrico. Tiene cuerpo, pero sabe extraño. Probablemente le han añadido resina o pegamento. Un noventa por ciento de la gelatina de cerdo que sirven en esta cantina tiene resina. Le dije: Vale, compañero. Nosotros tenemos muchos fideos con calabaza en nuestro estómago, como se dice en nuestra provincia de Shandong, así que tampoco tenemos que ir con tantos miramientos para llenarnos la barriga. Él dijo: Correcto. Lo que dices es verdad. Los hombres no pueden olvidar sus orígenes y los árboles tampoco pueden olvidar las raíces... Pero no es del todo correcto lo que me dices... Hoy día los melones son más caros que las manzanas. Los melones con calabaza son un plato del más alto nivel. Los fideos con calabaza son más caros que el maquillaje que utilizan los ricos. La tela *terilene* no vale mucho ahora, pero, treinta años atrás, ¿quién llevaba unos pantalones de tela *terilene*? Treinta años atrás, no solo la tela *terilene*, sino los pantalones de algodón sintético, ¿alguien podía llevarlos? Sobre las piernas, eran igual que tiras de gelatina de pasta de soja o boniato, o algo tan lujoso como la piel de tigre. Tú, probablemente, los has

olvidado, me dijo. La primera vez que fuiste a la casa de tu *laopo*, me pediste prestados unos pantalones de algodón sintético y los quemaste mientras fumabas un cigarrillo. Dije: ¿Cómo fue eso? ¿Cómo es que no me acuerdo? Él me dijo: Ese tipo de cosas, tú, por supuesto, no las recuerdas. Tú ya no las recuerdas, pero yo sí. Tú quemaste mis pantalones. Ni siquiera te atreviste a dar la cara y le pediste a tu hermana que la diera por ti. Tu hermana empezó a decir tonterías para compensar la pérdida de un pantalón de esa calidad, hasta le ofreció a mi familia tres huevos. Se mostró muy maleducada conmigo. Si en ese momento no te hubiera dado el pantalón de algodón sintético, tu *laopo* no te habría hecho caso, y todavía menos se habría casado contigo. Y lo más grave: tu suegra te habría despreciado. Ya lo dice el refrán: «El hombre depende de su atuendo como el caballo de su montura». Yo ya había oído decir eso a la gente. Cuando saliste de la casa de tus suegros, tu suegra no tardó un segundo en salir a la calle y gritar a los cuatro vientos con su lenguaje del norte: ¡La madre que parió a mi futuro nuero! ¡Me viene con pantalones negros de algodón sintético y cuando camina parece un hada inmortal! En esa época, los pantalones que te di te llevaron directamente por el camino predestinado del oro y el jade, dijo Make, y lo que me estás ofreciendo en esta mesa —incluido el marisco—, no recompensa en absoluto lo que yo hice por ti. Le dije: Creo que estás ciego. Yo no puedo invitarte a comer marisco; y él me dijo: Menudo estás hecho... Un mísero tacaño, eso es lo que estás hecho... ¿Crees que vas a ir muy lejos así? Me has invitado a comer y no puedes darme de comer. Vosotros, los funcionarios, sois unas putas. Os puede la gula y os corrompen fácilmente con pequeños sobornos. Me dejas en ascuas, amigo. ¿Cómo voy a comer marisco adquirido con tu dinero sucio? Ya te lo dije hace tiempo: es preferible ser cabeza de pájaro que cola de fénix. ¿Y aún pretendes parecerte a ese jefe del *xian*? Ahí está. Situado en ese nivel de la administración en el *xian* y con esa pinta de oso, incluso cuando estaba al nivel de nuestro pueblo —nuestro *xiang*—, y siendo el secretario del comité del Partido, con las manos siempre en el celular, arrogante y misterioso, y una *laopo* que es de su terruño (su *laojia*, donde nació), y otra *laopo* que está a nivel del *xian* (la prefectura), y, mientras tanto, acostándose con la jefa de nuestro municipio (nuestro *xiang*). ¿Y se ha casado dos veces? ¿Cómo puedes ser tú tan débil de pensamiento? Si la *laopo* de su *laojia* (su lugar de nacimiento) se divorcia de él, pero no deja la casa, y la *laopo* del *xiang* (su pueblo) se acuesta con él pero no se casa oficialmente con él, nadie está quebrantando la ley, y es así como funciona la

administración. El humo del tabaco depende del licor y lo provoca, y el tabaco y el licor dependen de los honorarios de uno y los regalos que recibe. Básicamente ya no necesita a su *laopo* si no le hace moverse hacia delante. Tres años de jefe en un *xiang* y cien mil copos de nieve que caen del Cielo convertidos ya en buena plata, que es como más o menos se ha llamado en nuestras dinastías a la lógica de la corrupción. ¿Todavía no lo tienes claro? ¿Te animas? Si yo fuera tú, regresaría pronto. No me importa decírtelo otra vez, pero si en realidad regresas a nuestro terruño, no le digas nada al jefe del *xiang*, ni le comentes nada a cualquier jefecillo del árbol de la administración. Lo mejor que te puedo decir es que te las arregles para ir a la oficina de cultura y convertirte en el vicedirector de ese departamento y, luego, le das veinte mil yuanes a la *laopo* del secretario del comité del *xian* (cuando la *laopo* de nuestro secretario del comité de la prefectura provocó por primera vez un aborto en una mujer, recibió un sobre rojo con ochenta mil yuanes, y ahora hace un par de abortos cada año). Si no lo haces, lo mejor que te puede pasar es que te coloquen en un depósito miserable donde trabajarás como vicepresidente del sindicato y eso será todo en tu carrera en la administración pública. Esa familia de nuestro *xian* debe varios millones de yuanes a los bancos y han invertido mucho dinero en granjas de conejos de Angora de pelo largo. Hubo además cuatro cuadros del ejército que fueron transferidos a la vida civil. Tres del regimiento de primer grado se convirtieron en vicepresidentes del sindicato, y uno del regimiento de segundo grado se convirtió en director de los laboratorios públicos y jefe de grupo de policía. En el ejército, ese hombre era un hombre que se encargaba de organizar las filas de los soldados y la formación de una tropa. El máximo experto era un fusilero que donde ponía el ojo ponía la bala. Ahora, todas las batallas son electrónicas y al enemigo se lo elimina sin verle la sombra. El pobre tenía mucho tiempo libre tras ver que su oficio había sido eliminado. Rechazaba todo lo que le ofrecían, ya que nada le interesaba. Al final, retirado como estaba del ejército, se interesó por la seguridad privada y su sueño era tener una especie de policía militar a su cargo. Empleó un uno por ciento de sus energías aceptando y rechazando gente para su equipo de guardias jurados, y un noventa y nueve por ciento de sus energías entrenando a los que había aceptado finalmente. Para empezar su trabajo, hizo hacer más de veinte fusiles de madera, que dio a cada uno de los nuevos guardias de seguridad. Luego los llevó delante de un edificio grande y moderno para entrenarse y sudar sangre. El negocio moribundo de los conejos de Angora cambió

inmediatamente y se revitalizó, produciendo una cantidad ingente de conejos, y podía atraer la atención de los ladrones, ya que la piel de esos conejos se pagaba muy cara. Había, por lo tanto, que proteger la empresa familiar. Los nuevos guardias de seguridad parecía que se habían armado con palos para echar a los escorpiones de los nidos. Esos guardias jóvenes con uniformes negros y fusiles de madera en la mano marchaban y desfilaban en hileras delante de un edificio que albergaba la granja y criadero de conejos de Angora; y delante de los guardias, ahí parados, había una hilera de espantapájaros. Uno tras otro, muy serios, casi enfadados, les repetían a los espantapájaros a gritos: ¡Muerte..., muerte..., y más muerte al enemigo!... El antiguo miembro del segundo regimiento estaba a un lado, también muy serio y con su uniforme. Solo le faltaba el gorro y las medallas. Parecía el gran guerrero y guardián de la cara negra que protege a Buda. Si a ese tipo se le hubiese soltado durante la guerra de resistencia contra el Japón, se habría convertido en un modelo para todos los héroes. ¡Gente así no nace todos los días! Él ya estaba mareado bajo la luz del sol, pero su mirada fría salía a través de la visera del gorro que llevaba puesto como flechas, y de su boca salió una orden punzante y metálica: ¡Conejos, apuntad! ¡Conejos, apuntad!... Su voz dejó asombrados a los funcionarios que vagueaban en el edificio y a los transeúntes que pasaban por la calle. El del segundo regimiento, ¿estaba dándoles órdenes o insultándolos? ¿De qué conejos se trataba? ¿Eran los de la granja y factoría de pieles de conejos de Angora o eran otros conejos? ¿Había que apuntar como conejos? Uno de los policías arrojó el palo y dijo: Mi capitán, yo no puedo hacer eso. Nos pagan muy poco dinero y estamos muy cansados. Nuestras ropas no se han secado todavía y ahora nos insulta llamándonos conejos. El exmiembro de regimiento de segundo grado rugió: ¡Levantad los fusiles! Tú, valiente, ¿cómo te atreves a tirar el fusil?... El guardia joven se sintió intimidado por el exmiembro del segundo regimiento y dijo con una voz como de claxon: Si quiere que lo recoja, lo recojo; pero ¿qué fuego quiere que haga con él? El exmiembro de regimiento de segundo grado gritó: Vosotros, ¡escuchadme bien! No se trata de «¡conejos, apuntad!», sino de «¡apuntad hacia delante, hacia delante!» Los guardias se relajaron y dijeron: Ah, no era lo de «conejos, apuntad» sino lo de «apuntad hacia delante, hacia delante»..., *ufff*..., las dos cosas suenan tan parecidas en chino... Eso nos tranquiliza, capitán. Los funcionarios que estaban en el edificio también se sintieron más aliviados. Y repitieron lo mismo que los guardias. ¿Sabes tú quién era ese exmiembro de regimiento de

segundo grado? Era el tío materno de mi *laopo* y había pertenecido al ejército rojo de liberación. Y el tío materno de mi *laopo* es mi tío materno. ¿Estás de acuerdo?

Cuando mi tío se convirtió en el entrenador oficial de los guardias de seguridad de la factoría de pieles de conejos de Angora, el estilo muy marcado y reconocible de entrenar tropas militares de los años sesenta estaba todavía vigente en su cabeza, y fue por ello que les dijo a los nuevos reclutas: Exijo a estos guardias jóvenes, que ya se han hecho mayorcitos pero que viven dentro de un pote de miel, que practiquen muy hondos y condensados sentimientos de clase. Los guardias abrieron los ojos como platos y preguntaron sin tener muy claro lo que mi tío quería decirles: Capitán, ¿qué es eso de los «sentimientos de clase»? Mi tío se hizo el sueco por un momento y dijo, suspirando: Está acabada, está acabada... ¡Esta juventud está acabada! ¡Ni siquiera saben lo que son los sentimientos de clase! ¿Cómo van a garantizar que el rojo de nuestro Jiangshan no va a cambiar de color? Mi tío dijo, según la armadura mental que le dominaba en estos años, que les había puesto un fusil en la mano y eso era algo que no todo el mundo hubiera hecho, pero ellos no eran en realidad militares. La ignorancia no es en sí un «error», pero sí es un «error» luchar *ignorantemente*; y si se lucha por lo que no se sabe y se comete un «error» precisamente porque no se sabe por lo que se lucha, y se violan, por lo tanto, las leyes sacrosantas del país, añadió mi tío, el gran «error» de los adultos consiste en no rectificar la ignorancia de sus hijos. Si se quiere luchar, solo se lucha cuando se es adulto y se sabe por qué se lucha. Mi tío se sentía perdido con sus explicaciones elípticas y solo podía sacar el buen temperamento y la paciencia de una vieja solterona que se dedica a bordar telas para transmitir su sabiduría a unos jóvenes ignorantes. Mi tío les preguntó: Niños, vosotros no entendéis ni un pijo de lo que es el «sentimiento de clase»; pero ¿sabéis lo que es el «odio de clase»? Cada uno de los guardias sacudió nerviosamente la cabeza de un lado a otro, y más que cabezas, las suyas parecían esos tamborcitos con dos bolas que cuelgan de dos cordeles y los golpean a un lado y a otro cuando se agitan, que utilizan los vendedores ambulantes para atraer la atención de los clientes: No, no lo sabemos, capitán. Mi tío dijo: ¿Y sabéis quién coño es el generalísimo Jiang Jieshi (Chiang Kai-shek)¹²? Los jóvenes guardias dijeron al unísono: ¿Jiang Jieshi? ¿Quién es Jiang Jieshi? En nuestro pueblo no hay nadie que se apellide Jiang. Mi tío dijo: ¿Y sabéis qué es un jodido reaccionario terrateniente que se da a la fuga? Y los jóvenes guardias de seguridad

preguntaron: ¿Y quién es ese reaccionario terrateniente que se fugó? Mi tío suspiró varias veces y dijo: Y vosotros, ¿quién es la persona a la que más odiáis? Uno de los vigilantes de seguridad gritó: Al que más odio yo es al secretario de una de las ramas del Partido. Ese tipo es un corrupto de mierda que se chupa todos nuestros fondos. Además, cada vez que utilizamos la electricidad, aumenta el precio en tres yuanes y se lo lleva directamente a su bolsillo. Mi padre no quiso pagar esa cuota y el muy desgraciado le dio un puñetazo en la nariz. ¡Sus perros cortaron además los cables de electricidad de mi casa y los muy cabrones se llevaron las vacas! Otro guardia de seguridad dijo: A quien más odio yo es al jefe de mi *cun* (mi pequeña comunidad), el cual cogió la piedra de la estela fúnebre de mi familia y la movió dos metros porque le salió de los huevos. Mi hermano mayor fue a buscarlo para pedirle una explicación, pero no pudo hablar con él. Lo llamó y se puso su hijo, que se había convertido en un miembro del equipo de protección de la oficina de asuntos públicos de nuestro *xiang* (nuestro municipio). Ataron a mi hermano con unas cuerdas y lo llevaron hasta la oficina de asuntos públicos del *xiang* y ahí lo acusaron de haber pegado a un cuadro de la Revolución y de haber quebrantado las sacrosantas leyes de la armonía social. A mi hermano lo zurraron hasta hacerle sangrar la nariz y mi padre tuvo que pagar encima mil yuanes para sacarlo de la cárcel. Los guardias de seguridad denunciaron con siete bocas y ochos palabras (es decir, sin ahorrar mucha saliva) los crímenes de sus enemigos. En ellos se podían ver caras rojas, blancas, azules, amarillas, y todas llenas de odio y amargura. A mi tío, por dentro, todo eso lo dejó de una pieza, sacó la lengua inmediatamente y dijo: Vale, vale... Mientras tengáis tanto odio guardado en el corazón, nuestra guardia de seguridad (y nuestro ejército) tendrá futuro, y estoy seguro de que alcanzará grandes logros. A partir de ahora, imaginad que esos espantapájaros que tenéis delante son vuestros peores enemigos. ¡Utilizad vuestras bayonetas para acabar con ellos! ¡Vamos, empezad! Mi tío parecía uno de esos funcionarios del departamento de Justicia que se encarga de dar la orden de ejecución: ¡Apuntad hacia delante, hacia delante! Esas palabras parecían haber estimulado a los vigilantes jurados; y con los ojos rojos y sacando fuego por la boca, empezaron a clavar sus bayonetas de madera (el fusil también era de madera) en los espantapájaros. Los acuchillaban y gritaban al mismo tiempo. Miraban a los funcionarios de la factoría de pieles de conejos de Angora y a los transeúntes con miradas

asesinas. Alguno de ellos se preguntaba: ¿Qué es esto? Y otros respondían: ¡Es para una película!

Make cogió un cacahuete con los palillos, se lo metió en la boca y dijo seguidamente: Este tipo de sucesos causa sensación entre la gente. Lo de los ejercicios frente a la factoría de pieles de conejos de Angora salió en todos los periódicos y en la televisión. Esta última hizo incluso un reportaje de tres días. Mi tío era un tipo listo que sabía ocultar sus mil pecados y se convirtió en un personaje famoso. Frente a la factoría apestosa de pieles de conejos de Angora, mi tío se sirvió de sus trucos y, como se dice vulgarmente, le dio una capa de pintura blanca a la fachada, es decir, le devolvió una honorabilidad y confianza perdidas, y el director de la factoría se convirtió en uno de los representantes de la provincia en la Asamblea Popular Nacional de China. En el *xian* (la prefectura), todas las factorías moribundas aprendieron de la experiencia de la factoría de pieles de conejos de Angora y contrataron a algún militar jubilado y a un grupo de guardias de seguridad para que hiciese sus entrenamientos delante de sus instalaciones. Cuando los guardias de seguridad dejaron de entrenarse y se fueron, la factoría de conejos se fue a pique. Adivina quién era el director de la fábrica de conejos. ¡Nuestra compañera en la escuela primaria Xiao Majuan! ¡Ah, piénsalo, piénsalo! ¡Sí, Xiao Mengjuan! Pero todo el mundo la llamaba Xiao Majuan. ¡Correcto! ¡Todos la llamaban Xiao Majuan! Make dijo: Si no lo recuerdo mal, fuiste tú quien empezó a llamarla Xiao Majuan. En esa época tú, mequetrefe, estabas loco por ella. Cada día, cuando ibas casa, cogías un boniato y se lo dabas. Cuando empezaba la primavera, los boniatos crecían tan dulces como las manzanas. Tú cortabas el boniato con una navaja delante de ella y le ofrecías las rebanadas. Nosotros te pedíamos que nos diceses algo del boniato, pero tú nunca nos dabas. Incluso agitabas la navaja delante de nosotros haciéndote el chulo. Xiao Majuan, tras comer tus rebanadas de boniato, no solo no te dio las gracias, sino que se fue a ver al maestro y le dijo que tú le habías dicho que el colegio era una prisión y los maestros unos esclavos. El maestro le contó al director con pelos y señales lo que tú habías dicho, y el director se tomó muy en serio tus palabras y te llevó atado con una cuerda a la policía. La policía te hizo muchas preguntas y llegó a la conclusión de que la ofensa de ese niño era un «error» y había que tratarla como una «contradicción de las gentes del pueblo», según los términos del pensamiento de Mao Zedong. El director te dejó detenido y llamó a todos los profesores y estudiantes de la escuela para que presenciaran cómo te criticaba delante de ellos. Tú te pusiste

a llorar de una manera tal que tu nariz no paraba de sacar mocos. Lágrimas y mocos. Eso eras tú en ese momento. No perdiste, en cambio, la compostura ni tu sentido de la educación. Reconociste delante de todos que el «error» era grave para que no te expulsaran del colegio. Eras muy joven y no podías saber que tus palabras sonaban a contrarrevolución. Te ablandaste ante él y le hiciste saber que habías comprendido sus advertencias. El director te despertó de tu estado de imbecilidad y, para vengarte de ella, le pusiste ese apodo, «pequeña caballeriza», que es lo que significa Xiao Majuan. Después del incidente, Xiao Majuan apestaba como un establo. Nada más acabar la graduación de los estudiantes, se hizo actriz y cantante solista en la comuna del equipo encargado de la propaganda. Su *hit* fue una canción folclórica de la provincia norteña de Shaanxi: «La azucena hermosa y estrella matutina florece esplendorosamente roja»¹³. Pero su voz era como la de un altavoz: era fría y distinta como no había otra igual. Era como un caramelo de menta. ¿Recuerdas todavía la melodía de esa canción? Yo sacudí la cabeza para decirle que no. Pero mi movimiento de cabeza no significaba en absoluto que yo no recordaba esa melodía. Al pensar en el pasado, lamentaba en mis pensamientos que Make creyese que había olvidado la melodía de esa canción. Apuró lo que quedaba de una botella de cerveza y se le había aclarado la garganta. Me dijo: Así que has olvidado tus orígenes... ¿Cómo has podido olvidar esa canción? Vacilé: ¡Bah! Y él también vaciló: ¡Bah! Su voz, que había sonado baja hasta ese momento, se aclaró de golpe y subió el tono. Se afirmó, incluso. Y después del ¡bah! y algunas frases, olvidó lo que quería decirme y se puso a rebuznar como un burro de pelo largo y tieso... El viejo y la vieja de la cantina amasaban la masa blanca de los raviolis y nos preguntaron si nos pasaba algo. Yo les dije que no nos pasaba nada. ¡Oh, a mi antiguo compañero de clase le gusta cantar que ni se lo imaginan! La abuela me sugirió: ¡Pero que baje el volumen! La policía va a venir y se va a dar cuenta de que habéis bebido un poco más de la cuenta...

Make volvió a llenar de cerveza su vaso y, sacando un poco de espuma por la boca, me dijo: Ya lo dicen bien los sabios, ¡a ningún mentiroso hay que temer tanto como a los que son de tu terruño! Y te lo digo ahora. Ahora eres un tipo en una posición cómoda y con un buen colchoncito donde apoyar la cabeza cada noche, alguien que lleva esas ropas occidentales rotas y esa corbata roja, que es como la lengua de un perro y la cabeza de un barco, tienes la cabeza calva como un pollo, y eres un tipo que, arrogante y orgulloso, se gusta a sí mismo cuando camina en medio de la calle, con sus

aires de autosuficiencia desfasados, como un viejo cuadro de la administración del estado que se siente satisfecho con la vida que ha tenido, pero delante de mí, ese tipo no me va a engañar, ni va a pasar por lo que no es. En tercer año, tú todavía llevabas unos pantalones de un pijama de niño. Cuando el maestro gritaba, tú te meabas encima. Esos pantalones de algodón daban risa. Ninguna de nuestras compañeras de clase quería sentarse a tu mesa. Ni siquiera los compañeros querían hacerlo. Y tú eras ese tipo de persona y estabas solo. Ni siquiera el profesor podía imaginar que tú pudieses componer una canción. De hecho, tú compusiste una historia que era muy bella pero muy inmoral. ¿Seguro que has olvidado todo eso? Él volvió a vacilar y dijo: Xiao Majuan, la de la coleta larga, la que era en realidad una cabra dentro de unos pantalones. Xiao Majuan, la bocazas, la que sacaba sapos por la boca... Me puse a pensar en mi vida, muchos años antes, y no pude más que sonreír con amargura. Él me dijo: ¿En qué piensas? Cuando la joven Xiao Majuan entró en el equipo de propaganda, su relación con los líderes de la comuna fue excelente. Pasó dos años en la escuela por recomendación, y, después de graduarse, se convirtió en la mecanógrafa del secretario del comité en el *xian* (la prefectura). Luego se casó con el hijo del jefe de la organización del *xian* y no tardó en hacerse la jefa del *xiang* (el municipio). Pero su carrera no acabó ahí. Volvió al *xian* y se convirtió en la jefa del *xian*, la prefecta..., y, finalmente, en la directora de la factoría de pieles de conejos de Angora. Hace unos años, ella quiso ensanchar sus horizontes y viajó a Europa y al sur de Asia. Nosotros, los del *xian*, la insultábamos constantemente. Había quien decía que el dinero de su familia estaba lleno de moho. Cada verano contrataban gente para blanquear el dinero. Cuando la factoría se fue a pique, los trabajadores pusieron el grito en el cielo y fueron a manifestarse hasta la sede del gobierno del *xian*. Hubo incluso uno que se prendió fuego como los japoneses. Xiao Majuan, al ver eso, no se sintió muy bien, cambió su dinero en dólares americanos, lo puso en un saco y se fue volando a Canadá y ya no regresó. Oí decir que no pasó más de medio año en Canadá cuando un tratante especulador y farfullero la vendió a un esquimal. Ese tratante se tragó también el saco de los dólares americanos que se había llevado a Canadá. Xiao Majuan se fue a vivir al Polo Ártico, en un iglú, para ser más exactos, con el esquimal, y aprendió a morder la piel con los dientes y se puso a comer carne de foca. Tuvo cuatro hijos. Uno de ellos era negro, mucho más negro que la tinta china. Otro de los hijos salió rojo, mucho más rojo que la sangre de cerdo. Otro le salió verde, más

verde que las hojas de los árboles. Otro le salió amarillo, más amarillo que los girasoles. Y el último, azul, más azul que el agua del mar. Yo me pregunto: ¿de dónde salió ese último con ese azul tan azul? ¿No me dijiste que eran cuatro? ¿De dónde sale el otro?, le pregunté. Dijo, sonriendo: Al principio eran cuatro..., pero... —pensó Make durante unos segundos— ¿no nos han hecho ya las cuatro albóndigas de carne de cerdo rellenas de huevo que les pedimos? Sinceramente, creo que nuestra compañera tuvo cinco... Si no te parecen suficientes cuatro albóndigas con huevo, puedes pedirles que nos traigan más... A mí, cuatro me parecen suficientes. Oh... —exclamó Make—, y pensar que nosotros éramos sus compañeros de clase. Oí decir que se tropezó en el hielo y pasó a mejor vida, la pobre... No puedo quitarme de mi cabeza un sentimiento atroz de culpa. Este tipo de cosas, si no se dice no pasa nada; pero si se dice, uno se cabrea y se siente triste. Mil sentimientos contradictorios afloran en mi corazón y uno ni siquiera puede tirarse un pedo con la conciencia tranquila. Estábamos dispuestos a ayudarla, pero no pudimos. Hacerlo estaba más allá de nuestras posibilidades. Después de que se fuera al Polo Norte con ese esquimal y se pusiera a parir como una coneja, nosotros nos metimos aquí y nos hemos puesto a comer y beber como si nada hubiese pasado. Somos unos auténticos egoístas y nos hemos aprovechado de ella.

Make volvió a agarrar con los palillos un trozo de carne de cerdo en gelatina. En la piel del cerdo que había quedado atrapada en la gelatina asomaba un pelo del puerco. Estaba incrustado sólidamente en la pasta gelatinosa y Make gritó: ¡Jefa, jefa!... La abuela sacó las manos de la masa blanca con la que estaba preparando los raviolis y salió de la cocina. ¿Qué son esos gritos? Make cogió el pelo con los palillos, lo alzó y dijo: ¡Mira, mira! ¿Y esto qué es? La abuela abrió bien los ojos y dijo: ¿No es un pelo de cerdo? ¿A qué viene tanto escándalo? Él dijo: ¿No lo sabías, abuela? ¡Comer pelos de cerdo y meterlos en el estómago de esa manera puede ser muy peligroso! ¡Puedes morirte! La abuela dijo: Hace diez años, yo y el abuelo tuvimos una pelea y me tragué por error uno de esos pelos que crecen en los bigotes de los cerdos, y pensé: ¡Mierda, la voy a diñar inmediatamente! Pero no, no la diñé. Me salió una úlcera en la boca y eso fue todo. Yo sonreí a la abuela, y Make también sonrió, cogiendo al mismo tiempo el pelo del cerdo con los palillos: El problema es que estos no son pelos de cerdo. Pero ¿no dijo la abuela que eran pelos de cerdo? —pregunté—, y él me dijo que mirase con atención, ya que era en realidad el pelo de un ser humano. La abuela dijo

que si querías comer aquí, debías callarte la boca apestosa. Y si no querías comer aquí, debías irte a tomar por culo. La vieja cumplía ese año ciento cinco años. ¡Nací cuando la emperatriz viuda Cixi¹⁴ estaba ya en el puesto y fue entonces cuando se abrió esta cantina de *jiaozi*! ¡Un sucio fangoso como tú no había nacido todavía!, dijo. Al ver que la abuela se enfadaba, Make relajó el tono de su voz y sonrió: Abuela, abuela, solo estaba bromeando con usted. ¿Se va a enfadar de verdad por una tontería así? Al verla, me di cuenta de que usted no era una persona ordinaria. La manera como hace los *jiaozi* la delata. Si no digo ninguna barbaridad, en esos días, seguro que usted iba a la Ciudad Prohibida para presentar sus respetos a la emperatriz Cixi —el Viejo Buda, que era como la llamaban en la época—. Y la emperatriz viuda, después de comer los *jiaozi* que su familia le había servido, y con una voz suave, ya que se sentía satisfecha, le dijo al eunuco Li Lianying¹⁵ a propósito de los restos de su comida: Li Lianying, coge estos dos raviolis que no he podido comerme y llévaselos al emperador, y que se los coma rápido porque se van a enfriar. Además, son *jiaozi* de carne de tigre. Tras comerlos, estoy segura de que estos *jiaozi* van a fortalecer la salud delicada del emperador. Le van a dar mucho *yang*¹⁶. Rápido, dáselos a nuestro gran emperador de nuestra gran dinastía Qing. El eunuco Li Lianying se dobló como era debido y se despidió así de Cixi. Tras coger los dos raviolis, los llevó corriendo al Salón de la Suprema Armonía. A la abuela se le dibujó una sonrisa amplísima en la cara y dijo: Este chico es verdaderamente listo. ¿Cómo sabes todas esas cosas de mi familia? Él respondió: Ha satisfecho a alguien, pero a mí no me satisface. No me mire como un piojo que viste ropas rotas y está podrido como un letrado corrupto. Yo soy una universidad en persona. Yo he estado tres meses rondando ante la puerta de su casa y hablando con otra gente, y ahora lo sé todo sobre su familia. Piénselo dos veces, si no hubiera conocido bien esta casa, ¿cómo iba a osar entrar en su casa y pedirle *jiaozi* de carne de tigre? Su casa es la única en todo el país que se atreve a vender *jiaozi* de carne de tigre. Make agitó los palillos que sujetaban la carne de cerdo en gelatina con el pelo incrustado y dijo: Mirad, ¿qué es esto? ¿Es un bigote de cerdo? No. ¿Es el pelo de una vaca? Pues no, ¡es cien por cien uno de los bigotes de un tigre! Y extendiendo la mano, se puso a hablar del poder mágico de los bigotes del tigre.

Dijo: Si queréis que hable del poder mágico de los bigotes del tigre, debo remontarme al invierno que pasé con mi amigo comiendo *jiaozi* de carne de tigre. Tras comer la carne de tigre, empecé a calentarme de los pies a la

cabeza y me convertí inmediatamente en una bestia salvaje. Y para no cometer una tontería, lo único que se me ocurrió fue romper el hielo que cubría el río Heilongjiang y meterme en sus aguas. Muchos fueron los que vinieron a presenciar el milagro. Aparte de los chinos que estaban en una orilla del río, en la otra orilla había rusos observándome con atención. Entre ellos, había una rusa que había venido a verme montada a lomos de un tigre enorme. Esa rusa era bellísima, tan bella como no hay otra igual en este mundo, y ya podías buscarla en el Cielo o en la Tierra porque no ibas a encontrar a otra mujer con esa belleza. La temperatura de mi cuerpo era tan alta que el agua hervía a mi alrededor y echaba burbujas. El vapor subía hasta impactar con el cielo azul. Los periodistas de la televisión lo divulgaron a los cuatro vientos, y hasta me grabaron en un vídeo para hacer un documental. Vinieron muchos periodistas con sus cámaras y sus flashes para hacerme fotografías. Sinceramente, tanta fotografía me daba miedo. Yo les gritaba para que dejaran de fotografiarme, pero los periodistas no me hacían caso y los flashes me deslumbraban. Para protegerme la vista, yo no miraba sus cámaras, sino que miraba a la rusa y el tigre. Ese tigre tenía muy buen carácter. Temía al principio que me mordiese, pero supe luego que iba a comerme. Se limpiaba los bigotes con la lengua mientras le caían los lagrimones. Y no solo lamía sus bigotes, sino que con la lengua me lamía la cara. Pensé que me iba a dejar sin mofletes, pero el tigre intimó conmigo. Lo pensé varias veces y al final lo comprendí: el tigre estaba ciego y había olido la carne de tigre que desprendía mi aliento. Mi boca apestaba en realidad a carne de tigre. La tigresa pensaba que yo era su marido. Pensé que iba a morir y me entró muchísimo miedo. Extendí la mano y acaricié la cabeza del tigre. Le dije: Tigre, tigre, no llores. Tu marido, a decir verdad, te ha engañado con otra. Cuando fuimos a cazarlo en su guarida, estaba apareándose con otra tigresa y no pudimos matarlo. Así que el muy bribón hacía tiempo que te había olvidado. No se merece tus lágrimas. La tigresa, al oír mis palabras, se puso a temblar como si hubiese atrapado la malaria. La rusa también se puso a llorar, pero sus lágrimas no sirvieron de nada. El tigre lanzó un gemido y dio un salto de más de tres metros, saltó al hielo del río y se suicidó. La gente que estaba a nuestro alrededor dejó de enfocarme con las cámaras y todos fotografiaron la tigresa. Vi que uno de los bigotes¹⁷ de la tigresa había quedado sobre el hielo, a mi lado. Más que un bigote, parecía un lingote de oro brillando en medio del hielo blanco. Me puso melancólico y me conmovió, así que lo recogí y me lo puse en la boca, ya que temía perderlo si

lo sujetaba con los dedos. Gracias a Dios, no me había hundido del todo en las aguas. Una vez tuve el bigote en mi boca, me sucedió algo extrañísimo. Vi algo que, seguro, nadie en el mundo había visto antes. ¿No quieres saber qué hecho maravilloso vieron mis ojos?

El viejo cogió el plato de los *jiaozi* todavía calientes y salió con ellos del habitáculo de la cocina. Dije que ya habían llegado y nos dispusimos todos a comérmolos con nuestros palillos. Los *jiaozi* estaban muy blancos y muy gordos. Tenían todos unas barriguitas muy grandes. Desprendían olor a carne y a pasta de raviolis. Todo ello nos sedujo muchísimo, al instante. Pero ¿quién iba a decirnos que los *jiaozi* que el viejo nos había traído no iban a parar a nuestra mesa, sino a una mesa vacía? Yo dije que los dejara aquí, con nosotros, pero el anciano no me hizo caso. ¿Cómo no se dio cuenta de que estábamos en esta mesa y no en la otra? El muy insolente no nos hizo el menor caso. El viejo nos miró con los ojos entornados. En su cara había una expresión de confusión y falta de comprensión por lo que estábamos sintiendo. Vimos que se sentó junto a nuestra mesa, pero a un lado, en la otra mesa, separando los dos largos bigotes para que no lo molestasen, y empezó a comer los *jiaozi* con las manos, sin utilizar los palillos. Me pregunté cómo era que el viejo actuaba así, de esa manera tan extraña. Fue él quien empezó a comer primero. La abuela sacó una sopa de *jiaozi*, la dejó sobre nuestra mesa y nos dijo: No os deis demasiada prisa en tomaros esta sopa. Cuando él acabe, vosotros os ponéis a comer los raviolis. Nosotros estamos muy felices por teneros aquí, pero esta era la estrategia teórica de la abuela, nos dijo la anciana. Make dijo: ¿Dónde bajo el Cielo se ha oído antes este tipo de teorías? Nosotros somos los que entramos en la cantina de *jiaozi* y nosotros somos los que comemos los *jiaozi*. Vosotros sois los que preparáis los *jiaozi* y vais y no nos los dais para comer. ¿Dónde se ha visto esto?, y el anciano se ha puesto a comer el primero. Vosotros deberíais comer en secreto, sin que nadie os viera, dentro de esa habitación y no delante de nosotros, ¡los clientes! ¡Esto es de muy mala educación en una cantina! La abuela dijo: ¿Qué farfullas, tú? Estas son las normas de este establecimiento y no estoy diciendo que seáis un par de campesinos. El mismísimo presidente de nuestra República, Yuan Shikai¹⁸, vino a comer *jiaozi* a nuestra cantina y, como un niño obediente y bien educado, se lo comió todo y no abrió la boca como tú. No solo respetó las normas de este restaurante, ¡sino que nos felicitó por lo buenos que estaban los raviolis! Nosotros dos, los dueños de esta cantina de *jiaozi*, hacemos juntos más de trescientos años. ¿Por qué vicisitudes no

hemos pasado ya? ¿Qué no han visto nuestros ojos? A nuestra edad, ya no hay nada en este mundo que temamos. La abuela dejó la sopa de *jiaozi* delante de nosotros y nos dijo: Tomad mi sopa de *jiaozi*. ¡Es la buena suerte que os llega a vosotros dos, que sois un par de bestias! Ella levantó sus manos, que eran viejas y parecían las ramas de un árbol, y dijo: Vale, vale... Mirad bien. ¡Estas manos han servido a la emperatriz Cixi! Nosotros miramos sus manos y sentimos vergüenza. Pareció que habíamos cometido un error serio irritándonos y nuestros ánimos se enfriaron de golpe. La sopa de *jiaozi* que estaba ante nosotros desprendía un aroma delicioso. Cogimos el cucharón y nos servimos, llenando nuestros pequeños cuencos. Dimos unos sorbos y era, en efecto, la sopa de *jiaozi* de la familia del emperador, pero el sabor no era igual. Tanto Make como yo nos servimos varias raciones. Llenamos nuestros boles con la soperas, pero los dos, muy nerviosos, nos peleábamos por hacernos con los raviolis. Cuando menos nos dábamos cuenta, caía un *jiaozi* en nuestro cuenco y eso suponía un momento de felicidad. Después de tomar la sopa de *jiaozi*, dirigimos nuestras miradas al anciano, el cual estaba zampándose los *jiaozi*. Nosotros juntos, habíamos vivido más de ochenta años, pero era la primera vez que veíamos a alguien comer *jiaozi* de esa manera. Veía a ese viejo decrepito y enmohecido utilizando los dedos para coger los *jiaozi* y alzando la cabeza mientras estiraba los labios hacia delante como si fuese un pico y mordisqueando cuidadosamente una esquina del *jiaozi* y luego escupiendo rápidamente sobre la mesa, y otra vez el mismo gesto, alzando la cabeza y el aceite y el agua del *jiaozi* desparramándose sobre la boca... Y mientras que el aceite y el agua chorreaban por la boca, el viejo volvía al plato, dejaba el *jiaozi*, y cogía otro *jiaozi* que se metía en la boca, volvía a morderle una esquina y el agua del *jiaozi* volvía a salir y a correr por la boca, y el viejo volvía a dejar el *jiaozi* en el plato... Esa manera de comer era grotesca. Nosotros podíamos verla, olerla y hasta sentirla. El viejo destrozaba los *jiaozi* del plato y nos miraba al mismo tiempo. En su cara colgaba una sonrisa fría, como si nos odiase o quisiese enfadarnos expresamente. El buen olor de los *jiaozi* nos atormentaba. A nosotros nos estaba enojando seriamente, pero éramos dos ruedas rotas atadas la una a la otra. Por mucho que quisiéramos, no podíamos movernos. Ante esa pareja de viejos enigmáticos, nosotros solo podíamos expresar un respeto que era, en realidad, miedo. Ni siquiera nos atrevimos a emitir un solo sonido.

Make dijo en voz baja: Si no hubiera tirado ese bigote de tigre, yo habría visto vuestra verdadera naturaleza. Habría sabido qué erais antes de ser lo que sois ahora, vuestro ser original. Este anciano es, sin riesgo a equivocarme, un lobo; y la abuela, una osa. Mírales atentamente. Por como comen y la expresión facial profunda que tienen, estos son una osa y un lobo. Mira, mírales bien... Al oírle la voz al viejo, su voz aguda y su manera de comer, vi, efectivamente, la cara de un lobo. Luego me fijé en la cara de la abuela y vi una osa. Make dijo: Si todavía tuviese el bigote del tigre, yo podría ver la verdadera naturaleza de todo el mundo...; y Make empezó a contarme la historia del bigote del tigre. Esta vez, levantó el tono de la voz expresamente para que los ancianos pudiesen escuchar lo que tenía que contar.

Dijo: En el río Heilongjiang, me puse el bigote del tigre en la boca y sentí de repente que algo se me revolucionaba en el cerebro. Oía algo junto a mis oídos. Era como un chorro de agua, y ante mis ojos apareció un paisaje extraño. Lo que te cuento ahora ha pasado en realidad. Mucha fue la gente que presenció mi actuación y los periodistas de la televisión no apartaban sus cámaras de mi persona, y los periodistas no paraban de hacerme fotos. Las dos orillas del río —tanto la rusa como la china— estaban a rebosar de gente formando una bullaranga. Pero después de ponerme el bigote del tigre en la boca, ya no había ningún ser humano ante mis ojos. Todos eran animales salvajes. Lo primero que vi fue la rusa que estaba a mi lado junto con el tigre, y era un leopardo de piel dorada y estampada en negro. Sus ojos ya no estaban cubiertos por las gafas. Supe, simplemente por sus ropas y sus llantos, que era ella, la rusa. Si no hubiera sido porque no me había matado, nunca habría imaginado que esa mujer tan bella era, finalmente, un leopardo. Uno de los periodistas que llevaba una cámara de televisión era en realidad un caballo blanco; y la chica que le cogía la mano, a su lado, era una perrita que sujetaba el cable de la cámara con sus dos patitas. Detrás del caballo blanco, la perrita tenía un aspecto muy bueno. Entre los periodistas del periódico había conejos, asnos y un cerdito con el rabo enrollado; y entre las gentes que me observaban, había bueyes, caballos, ovejas, y una tortuga más grande que la piedra redonda de un molino. A mí me asustó mucho y pensé que todo lo que me estaba pasando era debido a mi estado nervioso. ¿Veía alucinaciones? ¿O estaba soñando? Todo eso era un sueño. Incluso el tigre que flotaba hinchado sobre las aguas heladas del río era parte de un sueño. Y el dolor que sentía en mis muslos, ¿lo estaba también soñando? Abría la boca y me mordía los dedos, y me mordía con tal fuerza que me hacía sangre, ya

que mi abuelo ya me lo había dicho: Si te encuentras con un espíritu diabólico, y no tienes otra opción, muérdete el dedo medio. La sangre del dedo medio espanta a los espíritus maléficos. Tiene un efecto incluso más fuerte que la sangre de un perro negro. Yo veía cómo la sangre de mi dedo medio salpicaba sobre el hielo, pero las circunstancias no cambiaban en absoluto. La rusa, convertida en leopardo, seguía delante de mí con sus llantos desconsolados. Estaba con su pancha sobre el suelo y me sacaba la lengua. Su estado de desesperación me abrumaba y, creo, se consolaba chupando la sangre de mi dedo. Su lengua era afilada y carnosa, y cuando me chupaba, parecía que me transmitía electricidad. Temblaba hasta el punto de que creía perder dos tercios de mi alma. Escupí precipitadamente el bigote del tigre y di un salto para salir del hielo, y me dije: ¡Piernas, para qué os tengo! Desnudo y rojo, me dirigí a una de las orillas del río. Me giré y ya no vi a las bestias salvajes. Había, más bien, mucha gente en la orilla que se estaba riendo de mí. Bajé la cabeza y me di cuenta de la pinta que tenía. La verdad es que me dio mucha vergüenza verme en ese estado. No tenía valor para quedarme en la orilla y buscar mis ropas. En la orilla había un saco de fertilizantes que cogí inmediatamente y me lo puse para cubrir mis partes más íntimas. Mis pies desnudos pisaban la nieve gruesa y regresé a la cabaña donde estaban mis compañeros. Le conté a mi amigo todo lo que me había sucedido, y mi amigo me preguntó: ¿Y el bigote del tigre? ¿Dónde lo escupiste? Mi amigo estaba muy enfadado conmigo y me dijo: ¡Eres un tonto! ¿Cómo has podido tirarlo? ¡Pedazo de alcorneque! Todos los cazadores de tigres han soñado algún día con hacerse con el bigote de un tigre que tuviese esas características. Pero ninguno lo ha encontrado. Este tipo de bigotes es un tesoro valiosísimo. Tiene el mismo valor que el bebé Ginseng que habita los viejos bosques de las montañas y que puede cambiar el aspecto de las personas, y que la perla luminosa de la noche que yace en el fondo del mar. ¡Ojalá hubiésemos guardado ese bigote de tigre! ¡Vaya vidorra hubiéramos tenido los dos! Más que amigos, nos hubiéramos convertido en hermanos. Le dije que podíamos ir a buscarlo, ya que yo sabía exactamente dónde lo había escupido. Mi compañero sacudió la cabeza: Si lo escupiste y te metiste bajo el agua, ese bigote ha debido desaparecer en las aguas, me dijo. No lo encontraremos nunca. Mi compañero me contó la leyenda del bigote de tigre como fuente de conocimiento. Al principio, el alma del bigote de tigre se debió a que los tigres comían las raíces del ginseng que había en las montañas. Tras haber comido mil raíces, el ginseng

produjo su efecto en algunos tigres, aunque no en todos. Antes de que el tigre muriese, a este se le desprendía el bigote que había acaparado todo el poder del ginseng y el tigre, moribundo, lo escondía bajo tierra con el fin de que no fuera descubierto nunca. Después de que se le cayera el bigote al tigre, y en un período extraordinariamente corto de tiempo, los trabajadores excavaban la tierra del lugar donde sabían que había muerto el tigre, pero nadie, absolutamente nadie, lograba encontrar el tan preciado tesoro. Si tú encontraste ese bigote de tigre, fue porque la tigresa estaba muriendo ante tus ojos y el bigote se le desprendió, y era además un bigote con esas características tan especiales. El pelo debe estar ahora en lo más profundo del fondo del río, enterrado y escondido. Me temo —me dijo mi compañero— que el bigote del tigre se ha perdido para siempre. Si por casualidad logras obtenerlo de nuevo, este te causará problemas. Durante muchos años, solo una persona de la provincia de Shandong ha encontrado un bigote de tigre de esas características. Y tú eres el segundo. Mi compañero me contó que, tras hallar ese bigote de tigre, el individuo de Shandong lo metió en una botella de cristal y se fue a su *laojia*. Cuando llegó a la entrada de su casa, sacó de la botella el bigote del tigre y se lo puso en la boca, entró en el patio y vio una perra con la lengua fuera chupando un cazo. Entonces supo que la verdadera naturaleza de su madre era una perra. Luego vio un caballo utilizando una pala y se dio cuenta de que ese caballo era su padre. Este tipo de Shandong vio enseguida polvo rojo roto, escupió el bigote del tigre y dijo: Madre, he visto que en verdad eres una perra. Padre, he visto que en realidad eres un caballo. Tanto el padre como la madre se enfadaron bastante con las palabras de su hijo y fueron a ver al subprefecto del *xian* para decir que su hijo les había faltado al respeto y había desobedecido las normas básicas de la piedad filial tal y como las había estipulado Confucio. El subprefecto del *xian* les pidió a sus esbirros que hicieran venir al *yamen* (la residencia oficial local de los letrados-funcionarios de la corte) del *xian* al hijo para interrogarlo, pero estos le dijeron que el hijo se había suicidado colgándose de una cuerda. Para recordar esa muerte, el subprefecto del *xian* escribió un poema: «La madre es una perra y el padre es un caballo; lobos y zorros frecuentan el *yamen*; y solo porque halló un bigote de tigre, supo exactamente que en el mundo de los hombres todo lo que se dice es falso».

El abuelo y la abuela cruzaron sus miradas e intercambiaron sus expresiones llenas de una profunda emoción. Luego, la abuela dijo: Sinceramente, no me lo hubiera imaginado. Con lo joven que eres y lo que

has vivido... Nosotros dos, con nuestras bocas viejas, hacemos trescientos años entre los dos y nunca habíamos oído hablar de la leyenda del bigote de tigre. A tu edad, tener este tipo de experiencias no es fácil... La abuela prosiguió: Durante los tiempos gloriosos de la gran dinastía Qing, muchas fueron las órdenes que el emperador Kangxi¹⁹ dio a los cazadores de las regiones del noreste de China para que encontrasen el bigote del tigre. Si ese bigote existía, el emperador podía saber la verdadera naturaleza de sus ministros y oficiales. Podía saber, por lo tanto, quién podía ser el mejor para el puesto de general (un tigre o un leopardo) o un simple funcionario del servicio civil (si era un caballo o un buey), o un funcionario encargado del control de los ríos si era un pez. Pero el bigote del tigre era muy difícil de encontrar. Por esa razón, no fueron muchos los cazadores del noreste de China que aceptaron el desafío y no sé cuántos acabaron enterrados en las fauces de los tigres, y no sé cuántos más fueron puestos sobre las planchas de madera y sus culos fueron azotados. Hasta sacar sangre. A pesar de que cada año encontraban varias decenas de bigotes de tigre, ninguno de ellos tenía el efecto mágico esperado. Al final, hasta el emperador perdió toda esperanza de encontrarlo y creyó que se trataba simplemente de una bella leyenda. Pero ese tipo de bigotes de tigre existía en realidad, aunque no era fácil de encontrarlo. Ese tipo de Shandong del que me has hablado es un pariente lejano de mi familia, afirmó la abuela. En realidad, en la época de Confucio no empleaban esos bigotes de tigre y sabían cuál era la verdadera naturaleza de los hombres, continuó contando la abuela. Tenían otros métodos que resultaban más fáciles de emplear y eran más eficaces. Cuando Yuan Shikai fue promovido a gobernador de la provincia de Shandong, creyéndose el tipo más listo del universo y mostrando ya ciertos indicios de republicanismo sincero en sus movimientos, lo primero que hizo fue imponer un impuesto al que ostentaba en aquel entonces el título de duque de Yansheng²⁰ —aquel que difunde y transmite la sabiduría santificada—, que era ni más ni menos que el que se le daba a un descendiente directo de Confucio; y que, por eso, ese individuo mantenía aún ese título en la provincia de Shandong. Al duque de Yansheng no le pareció muy buena la idea y se enfadó con Yuan Shikai. Le pidió a uno de sus sirvientes que preparase el carro con los caballos y que fuese a buscar a su buen amigo Zhang Tianshi (Zhang el Maestro Celestial), que era un monje taoísta muy dado a las prácticas esotéricas. Zhang Tianshi vino a la residencia del duque de Yansheng y escuchó con atención la insensatez que Yuan Shikai había impuesto a su amigo y descendiente directo

de Confucio, y ello le molestó mucho y dijo: ¡Este tipo (Yuan Shikai) tiene los huevos de un leopardo! ¡La madre que lo parió! ¡Va, y sin que nadie se lo espere, lanza la campaña de los impuestos al duque de Yansheng! ¿Quiere que nos suicidemos? Usted, el duque de Yansheng, diga algo. ¿Quiere que yo tome cita con él? ¿O quiere asesinarlo? Si lo desea, nosotros nos lo cargamos inmediatamente. Pero el duque de Yansheng era una persona bondadosa y dijo: El gobernador Yuan Shikai ha sido designado, al fin y al cabo, por la corte de Qing, y es, por lo tanto, un gran oficial el que ha venido hasta nuestra provincia de Shandong. Este hombre aplacará la ira de los Puños Divinos de la Justicia y la Concordia (los bóxeres)²¹ y traerá la paz y el orden a la gran dinastía Qing. Así que es algo bueno que tengamos a alguien como él entre nosotros. Aunque ofenda a nuestras familias, ese crimen no merece ser castigado severamente. Captura su cuerpo y yo observaré qué cosa era antes de ser Yuan Shikai, el gobernador de la provincia de Shandong; que sufra, por lo tanto, por su ofensa y que su poder disminuya. Zhang Tianshi dijo: Bien dicho. Así lo haré yo, su humilde servidor, y haré que se cumpla la Ley. Zhang Tianshi abrió su bata larga y sacó unos rollos con textos taoístas, los desenvolvió y quemó varias de sus leyendas. Luego cogió una espada e hizo que se cumpliera la Ley. Al cabo de un rato, Zhang Tianshi le dijo al duque de Yansheng: Este humilde servidor ya ha capturado el cuerpo de Yuan Shikai, y ruego al duque de Yansheng que vea lo que mis ojos ven. Zhang Tianshi condujo al duque de Yansheng ante una enorme vasija y le dijo: Mire dentro. Yuan Shikai ya está dentro. Lo he capturado. El duque de Yansheng miró en el interior y vio que había una tortuga enorme que estiraba el cuello, tenía una cabeza cómica y la expresión facial de un bobo. El duque de Yansheng sonrió: Nunca hubiera imaginado que el gobernador era, en realidad, este ser tan torpe y estúpido. Zhang Tianshi le preguntó al duque de Yansheng: ¿No le ha hecho aumentar la memoria? El duque de Yansheng asintió: Por él estoy sufriendo algunas dificultades, pero he sacado algún beneficio de él y he progresado. Zhang Tianshi sacó de su bolsillo una aguja de plata, la pinchó en la cabeza de la tortuga y dijo: Duque de Yansheng, vayamos a echar un trago. Nuestro Yuan Shikai va a consumirse lentamente... No hace falta decir que el duque de Yansheng y Zhang Tianshi habían preparado un auténtico banquete, y bebieron y comieron de todo hasta saciarse. Dijo que Yuan Shikai, el muy importante Yuan Shikai, estaba en el *yamen* leyendo un documento cuando sintió, de repente, el pinchazo, como si alguien le hubiese clavado una aguja en la

cabeza. Sus asistentes lo llevaron inmediatamente al médico. Le dieron una medicina, le practicaron acupuntura y le dieron un masaje, pero el dolor no se le aliviaba lo más mínimo. A Yuan Shikai le dolía tanto que más que quejarse rebuznaba como un burro de pelo largo y duro. Se quejaba e insultaba al Cielo. El gobernador había perdido su fuerza en el salón y esta se había perdido más allá del Cielo. El gobernador hizo llamar a su consejero y le dio instrucciones sobre su sucesión. El consejero creyó saber lo que le pasaba al gobernador y pensó que se trataba de algún hechizo diabólico. Le dijo: Señor, este humilde servidor le observa y piensa que su enfermedad no es una enfermedad, sino que usted ha ofendido a alguien y este se está vengando... Yuan Shikai, aguantando el dolor como podía, dijo: Este que te habla ha venido a Shandong para hacer bien su trabajo. No sé qué ofensa he de poder cometer, ni a quién. A los únicos con los que he cometido alguna ofensa en estas tierras son los bóxeres. ¿Son acaso ellos los que han hecho el hechizo? El consejero le respondió: Este tipo de cosas, ¿cómo puede saberlas un hombre? Usted ha matado a mucha gente y su poder es grande. Creo que usted ha ofendido a alguien importante en estas tierras. ¿No cree? Yuan Shikai se quedó pensando un rato, pero no caía a quién había podido ofender y dijo: Consejero, no hace ni siquiera un año que estoy en la provincia de Shandong y todo lo que he hecho y todo lo que he planificado ha sido avalado por sus consejos. El consejero dijo: Este humilde servidor, algo osado en sus palabras, piensa que el gobernador provincial no debería obligar al duque de Yansheng, que desciende directamente de Confucio, a pagar impuestos. Yuan Shikai dijo: Todos son súbditos del hijo del Cielo e iguales ante nuestro gran emperador de Qing. ¿Por qué no iba a pagar sus impuestos ese desgraciado? Si la gente que hay bajo el Cielo se ha educado con esa noble e influyente familia, ¿vamos nosotros los funcionarios a beber viento y a comer pedos?, dijo. A mí me duele la cabeza y quiero saber si tiene algo que ver con ese santón... Yuan Shikai no pudo acabar lo que estaba diciendo y se llevó las manos a la cabeza, y de su boca salió un grito: ¡La madre que me parió! ¡Me muero de dolor! El consejero dijo: Señor, la familia de los santones no paga impuestos; y menos si esos santones son sabios y descienden del sabio Confucio. Esas son las normas y las costumbres de nuestros ancestros. Nosotros deberíamos respetar esas normas. ¿No deberíamos satisfacer a nuestros buenos Han? Yuan Shikai dijo: Te sigo, te sigo... Lo único que quiero es acabar con este dolor de cabeza. Todo lo que quieras hacer, te lo acepto... El consejero dijo: Si así habla el señor, este

humilde servidor encontrará una solución, seguro. Yuan Shikai dijo: ¡Rápido, rápido, haz algo! Todo lo que quieras, me vale. El consejero le pidió a uno de sus asistentes que reuniera una suma importante de monedas de oro, joyas y telas de seda, un cochinillo y varios pollos, una vaca y una oveja, y, sobre todo, polvos de col china. Necesitaron varios carros que formaban un desfile grandioso para llevar todos esos tesoros, y todo ello al ritmo de los tambores, desde Ji'nan —la capital de la provincia de Shandong— hasta Qufu, que era el lugar de nacimiento de Confucio. Al llegar a la residencia de Yansheng, un esbirro leyó el mandato de Yuan Shikai. El duque de Yansheng y Zhang Tianshi se miraron mutuamente y sonrieron. El duque de Yansheng dijo: Mi querido compañero, ¿no es este el efecto de tu método? Zhang Tianshi dijo: Debe recibir mucho de él y ampliar su memoria. El duque de Yansheng dijo: ¡Suéltalo, suéltalo! Ese tipo es un hombre de gran talento. La gran dinastía Qing debe conservarlo en su seno. Si se nos muere, tendremos que dar explicaciones a la corte. Zhang Tianshi —el Maestro Celestial— le dijo a la tortuga que estaba dentro de la vasija: ¡Engendro vil, mira la cara del duque de Yansheng para que te salve la vida! Zhang Tianshi deshizo su conjuro y le sacó la aguja a la tortuga, la cual movió la cabeza repetidas veces ante la mirada del duque de Yansheng y Zhang Tianshi. Mientras tanto, el consejero de Yuan Shikai regresó a Ji'nan y el gobernador provincial ya se había recuperado de sus males. Yuan Shikai le pidió al consejero que le hiciera una visita en el salón y le dijo con profunda emoción: ¡Gracias por el acto generoso de haberme salvado la vida! El consejero, agradeciendo el comentario, respondió sirviéndose del rito: ¡Señor, por usted lo haría diez millones de veces! Este humilde servidor no merece su agradecimiento. Más bien al contrario, ¡soy yo quien debe dar gracias al gran duque de Yansheng! Yuan Shikai suspiró: Creía poder llevar con mano de hierro un ejército y enfrentarme a cualquier rebelión, pero nunca hubiera pensado que me iba a pasar algo parecido en Shandong. El consejero dijo: El virtuoso y divino abuelo Kanxi se inclinaba tres veces cuando venía al Templo de Confucio. Esa es la razón por la cual tú has ofendido al duque de Yansheng. Esto es lo que cree este humilde servidor. Lo que debe hacer el gobernador de la provincia de Shandong es llevarse bien con el duque de Yansheng. Si se llevan bien, no habrá problemas. ¿Y tú pensabas que ese Yuan Shikai era un tipo inteligente? A partir de ese momento, el gobernador visitó cada dos por tres al duque de Yansheng; pero al cabo de dos años, Yuan Shikai tuvo que

salir volando de Shandong para ocupar otro puesto en Beijing y escuchar la nueva melodía que sonaba de la capital.

Más hablaba la abuela, más se alejaba de nosotros el bigote del tigre, ya que lo que nos había contado era muy interesante. Cuando era pequeño, yo había oído a alguien decir que Yuan Shikai era en realidad una tortuga y que en su *yamen* tenía una inmensa vasija llena de agua donde se metía y donde pasaba innumerables horas. En la vasija había agua limpia y Yuan Shikai, tras un momento de trabajo, se metía dentro del agua y se enjabonaba entero por otro momento. Era evidente para todo el mundo que Yuan Shikai era una tortuga que se había reencarnado en hombre. Pero la naturaleza de una tortuga no cambia así como así y siempre queda algo de ella aunque se reencarne en un hombre. En esa época, aún no había agua corriente en el grifo y las gentes del *yamen* debían sacar el agua de un pozo. En el *yamen* de Yuan Shikai había un portador de agua que iba al pozo más veces que otra gente. Más tarde, cuando estudié historia, leí algo sobre Yuan Shikai. Se ve que cuando Yuan Shikai era gobernador de Shandong, enloquecido como estaba por suprimir la revuelta de los bóxeres, creó mucho descontento y resentimiento entre la gente y esta empezó a decir que en los muros del *yamen* había una tortuga dibujada y a su lado un poema que decía: «Cuando hayamos matado la tortuga redonda, lo celebraremos con una fiesta; cuando hayamos matado el huevo de la tortuga redonda, nos lo comeremos». Ese poema incomodó a Yuan Shikai. El individuo que trabajaba en el *yamen* que había escrito ese poema y había dibujado la tortuga no solo había mostrado mucho talento, sino que tenía un par de huevos por haberse atrevido a hacer algo así. Si quería obtener la cabeza de Yuan Shikai, no habría debido gastar tantas energías. Más tarde, me dirigí al lago Taihu, más exactamente a la península de Yuantouzhu —la isla de la Cabeza de Tortuga—, y comprendí de repente por qué los hombres decían que Yuan Shikai había sido en otra vida una tortuga. Tortuga se pronuncia en chino *yuan*²²; se pronuncia, por lo tanto, igual que el apellido del gran Yuan Shikai.

En ese momento, el viejo ya había chupado el jugo de todos los *jiaozi* que había sobre su plato. Con sus dos manos escamosas, cogió los *jiaozi* del plato y los apilonó todos a un lado del mismo plato, mezclándolos con otros raviolis que estaban medio mordisqueados. Encima del plato, salvo el agüilla que desprenden los *jiaozi*, ya no quedaba nada más. El viejo nos acercó el plato vacío y los puso delante de nuestros morros, sonriendo como un anciano bondadoso. Luego se puso a hipar. Yo me llené de furia como quien

recibe el peor de los insultos. Me dieron ganas de matarlo. Sujeté los bordes de la mesa con mis manos, me puse de pie y le pregunté tartamudeando: Pero ¿qué significa todo esto? ¿Crees que somos mendigos o qué? La abuela sonrió con desdén y se apresuró a decirme: Joven, siéntese, siéntese... ¿Para qué sacar tanto fuego? La luz que desprendían sus ojos parecía hecha de una materia diabólica y siniestra, y a mí me ponía los pelos de punta. Me senté muy a pesar mío, y el fuego que había prendido en mi corazón se había extinguido. Me entró un sentimiento de extrañeza, como si mi razón no pudiese ya apoyarse en ninguna lógica conocida para combatir a esos dos ancianos. La abuela dijo: ¿Acaso os creéis que sois gente importante o qué? Y tú, ¿te crees mejor que el emperador Guangxu²³? Los *jiaozi* que tomaba Guangxu, era mi familia quien se los liaba. Ni siquiera el emperador mostraba el menor disgusto con los raviolis de mi familia. Dime, ¿qué traficas tú? ¿Te atreves a entrar en mi restaurante con esos aires? Te lo digo para que te enteres. Si quieres comer, espabílate y come como te han enseñado; y si no quieres comer, ¡lárgate de aquí y que no te vea más! Si te veo, me voy a enfadar y no te voy a hacer caso. Yo quise todavía mostrarle mi espíritu combativo y seguir luchando con la vieja. Make me estiró de la ropa y me dijo: Compañero, quédate sentado y come. La gente que quiere pasar bajo las tejas está obligada a agachar la cabeza. A veces, hay que ser un poco sabio en esta vida. Y tras decir esas palabras, cogió un *jiaozi* con los palillos y se lo metió en la boca. Una vez dentro de su estómago, la expresión facial de mi amigo cambió radicalmente. Su cara mostraba una sorpresa grata. Era, ciertamente, la de una sorpresa grata. Era una sorpresa grata auténtica y muy valiosa. Él no iba a comprenderme, ni se iba a poner de mi lado. No había acabado con un *jiaozi* que ya tenía otro cogido con los palillos para llevarse a la boca. Finalmente, pasó de los palillos y cogió los raviolis con la mano tal y como lo había hecho el viejo. Yo, preso de mis dudas, le pregunté: ¿Están buenos? Make, simplemente, no me hizo ni caso. Y aunque no me respondió con palabras, me miró y dejó de masticar el *jiaozi* que tenía en la boca. Tenía los mofletes hinchados como dos tambores. Cinco minutos más y el plato se habría convertido en la vacuidad suprema. Los *jiaozi* desprendían un aroma a comida fresca que se me metió en la nariz, y de la nariz hasta mi garganta. Yo era incapaz de moverme. Tanto yo como Make habíamos sido hijos de campesinos y lo de las formas nos traía sin cuidado, y a mí, por qué no ser honestos, todo esto me llegaba directamente al corazón y no me disgustaba. Mi amigo seguía comiendo de esa manera tan poco

ortodoxa y yo... ¿Iba a seguir fingiendo que no me gustaban esas maneras y esos *jiaozi*? Comer como este hijo de perra..., o no comer, que es no comer... Cogí un *jiaozi* y me lo metí en la boca. Tras comer el primer *jiaozi*, me olvidé inmediatamente del falso honor, de mis quejas y de todas las cosas de este mundo. Con lo de comer bien me había quedado corto. ¡Era divino! Pero ¿de qué estaba relleno? Hablé con franqueza: En mi vida he tomado unos raviolis como estos. Y la vieja dijo: Ahora te comportas como un auténtico camarada. ¿Se te ha pasado por la cabeza que estás comiendo carne de tigre? No utilizamos para nada la carne de tigre, pero la pasada noche atrapamos un ratón, lo despellejamos y cortamos la carne en trocitos pequeños. Así que la carne es toda fresca. ¿No lo notas en el sabor?

Dije: ¡Asqueroso! ¡Voy a ir al departamento de Industria y Comercio y os voy a denunciar! La abuela sonrió y dijo: ¡Vete, anda, y les cuentas lo que quieras! No podemos esperar más, vete y cuéntaselo todo. ¡Uhhh, qué miedo!... El director del departamento de Industria y Comercio es, además, nuestro nieto.

Los dos ancianos se metieron en el habitáculo de la cocina y una vez dentro se empezaron a oír los cortes de la carne: *chop, chop, chop...* A mí ya me costaba respirar, y Make, con la boca llena, dijo: Compañero, ¡toléralo, anda! Puesto que su nieto es el director del departamento de Industria y Comercio, creo que no vamos a conseguir nada con contarles lo de los raviolis. Además, está lo de la carne de zorro que siempre huele a meados. Mi amigo de la infancia continuó diciendo: El sabor de estos *jiaozi*, en realidad, no tiene nada de ordinario, y son muy buenos para comer. ¿Tú controlas de qué carne están rellenos los raviolis? La carne de ratón no es venenosa. Las gentes de la provincia sureña de Guangdong dicen que en los ojos de los ratones está el planeta Marte. Es decir, que hay mucho odio, y por eso los alimentan y los crían. Yo le dije: Estos *jiaozi* no saben tan mal, dices, pero yo no les he pedido carne de ratón, así que han infringido las normas y la ley. Make me dijo: Compañero, descubro con estupefacción que has vivido muchos años en esta ciudad y eso acaba produciendo problemas de salud mental. Si está bueno, ¿qué importa de qué carne está hecho? ¡Qué importa que el gato sea blanco o negro, lo importante es que cace ratones!²⁴ Con el relleno de los *jiaozi* pasa lo mismo. Lo que cuenta es que estén buenos. No digo lo contrario, pero soy incapaz de tragar esto, le dije. Y él me dijo: Tú..., ¡ah!..., tú... Quédate sentado aquí y escucha la historia que te voy a contar. Esta historia no es una historia que yo me haya inventado. Esta historia es

verdadera, totalmente verdadera, con personajes que han existido de verdad. Cuando hayas acabado de escucharla, si todavía estás enfadado, si todavía quieres ir a ver a los funcionarios... Pues vas y los ves, pero ahora te calmas y te quedas sentado y escuchas lo que tengo que decirte.

La historia que me contó Make me pareció haberla oído antes, pero hacía ya mucho tiempo de ello y no tenía los detalles muy claros. Make dijo: Al principio de la República de China, en el año 1912 —el año de su fundación—, había un chico de dieciséis años que se llamaba Liushi («sesenta»), ya que su abuelo tenía sesenta años cuando su madre lo trajo a este mundo. Liushi era de nuestra tierra y murió hace no muchos años. ¿No me digas que no te acuerdas de él? Liushi era muy pequeño cuando murió su padre y él y su madre tuvieron que hacer frente a su destino. La vida se les puso muy difícil. Los hijos de los pobres deben hacerse cargo de la casa muy temprano, y Liushi tenía solamente catorce años cuando se iba con los otros hombres del *cun* al distrito de Nanshan —la Montaña del Sur— para hacer negocios; y apenas tenía quince años cuando empezó a hacer negocios él solo. Esa vez, fue Nanshan para vender unas bobinas de telas de algodón. Pero cuando se encontraba a medio camino, entre prisas, vio una tumba sobre un montículo de tierra, junto al camino. Delante de la tumba había una estela de grandes dimensiones, y delante de la estela, un hombre y un caballo de piedra. Detrás de la tumba había varias decenas de pinos. Oscurecía y al pobre Liushi se le ponían los pelos de punta y, además, se estaba cagando literalmente de miedo. Lo único que quería era cagar y no comerse la cabeza con mil pensamientos, arrojó las bobinas de algodón al suelo y se fue corriendo hacia la tumba y se sentó sobre ella. Cuando se subía los pantalones, un hombre que pasaba por ahí le dijo: ¡La hostia, debes tener los huevos de un leopardo para hacer lo que has hecho! ¿Cómo te atreves a cagar sobre esta tumba? ¿Es que no sabes dónde estás? Esta es la tumba de un gran señor de nuestra gran familia que fue *juren* —uno de esos candidatos que pasaron con éxito los exámenes oficiales para funcionario-letrado a nivel provincial—; y el *feng shui* —la combinación perfecta entre el viento y el agua donde las fuerzas invisibles del universo se armonizan con nuestros actos— es muy bueno, y tú vas y te cagas encima, ensuciando y malogrando el *feng shui*... ¿Cómo has podido hacer algo así? Liushi se moría de miedo y le suplicó varias veces que no le hiciera nada. ¡Señor, señor, suélteme! ¡No volveré a hacerlo! El hombre le dijo que era una basura y que le iba a acompañar a ver al señor. Liushi intentó escaparse pero el hombre era más fuerte que él y consiguió someterlo.

El hombre arrastró a Liushi hasta la casa del dueño de la tumba. Liushi no pudo hacer nada y tuvo que acompañarlo. El dueño de la tumba era el hombre más rico de la región y parecía salido de la época imperial. Era un hombre fuera de lo normal. Muchos eran los ancianos de nuestro *cun* que lo habían visto. Cuando el ricachón hubo escuchado las palabras del hombre, se enfureció. Llamó a un sirviente que llevaba un fusil y le dijo que fuera con Liushi a la tumba de su ancestro. El ricachón le dijo a Liushi: Yo debería fusilarte, pero visto lo joven que eres, te voy a salvar la miserable vida que llevas. Pero vas a tener que coger tu mierda y vas a tener que comértela. Liushi no pensó en comérsela, pero si no se la comía, le dispararían. Los disparos de los fusiles te arrancan el culo y te muelen los huesos, y eso hace mucho daño y ningún ser humano es capaz de resistirlo. Liushi no tuvo otra opción y, descorazonado, comió su propia mierda. Había caído una desgracia sobre su cabeza y sus huesos y fue incapaz de contárselo a su madre. Esa historia le hubiera dolido mucho a la pobre mujer, que tenía un gran respeto por los ancestros y las grandes personas del terruño. En vez de ir a Nanshan, el chaval se fue a Beishan —la Montaña del Norte— y ahí compró una de las espadas que fabricaban con gran reputación en ese lugar. La razón de la compra era simple: Liushi quería vengarse. Creía que dos montañas no podían encontrarse, pero dos personas sí, y ese día había llegado. Nosotros nos reuníamos en el pueblo varias veces y en una de las reuniones —que lo sepas—, Liushi nos vendió una salsa muy espesa de gambas que nos permitía saber, al verlo, quién era nuestro verdadero enemigo. El ricachón, por supuesto, participaba en esas reuniones y Liushi lo vio. Sus ojos estaban particularmente rojos, y Liushi empezó a temblar y la sangre se le calentó. Se mordió el labio inferior y se precipitó hacia el ricachón con la intención de cortarle la garganta con la espada de Beishan; pero al ricachón lo acompañaban cuatro guardaespaldas, y uno de ellos era un Han con los músculos bien puestos. Era difícil de predecir el resultado de una lucha entre Liushi y los cuatro guardaespaldas. Liushi se fue a su casa y afiló todavía más la espada de Beishan en la piedra molar. Hijo, ¿por qué pasas la espada por la muela?, le preguntó la madre, y Liushi se vio obligado a contarle toda la historia. La madre, tras sopesarlo durante un largo rato, le preguntó: Ay, hijo, ¿qué llevas entre manos? Liushi dijo: He sufrido una desgracia y un deshonor, y el odio que me mueve es profundo, madre. Si no me vengo, no seré nunca un hombre. La madre dijo: Ay, hijo, escucha bien lo que te voy a decir, si todavía quieres matarlo, mátame a mí primero. Liushi le replicó:

Madre, pero ¿qué me dice? Y la madre le contestó: Ay, hijo. Piénsatelo dos veces. Los guardaespaldas del ricachón son más fuertes que tú y muy habilidosos en las artes marciales, y seguro que te van a cortar en pedacitos. Seguro que esconden armas; y si no son dagas, serán fusiles. Parece ser que utilizan sus puños desnudos para pegar a la gente y tú no eres más que un niño. ¡Tú nunca podrás vencerlos! Incluso si llegas a matar a tu enemigo, tú también acabarás muriendo. Y si tú mueres, no habrá nadie que se ocupe de mí. Por eso, lo mejor es que me mates ya y luego haces lo que quieras. Liushi escuchó a su madre y no supo qué hacer ante un dilema de esa naturaleza. Su madre le dijo: Hijo, no sé si vas a hacer caso a tu madre... Liushi dijo: Por supuesto que quiero hacer caso a mi madre. Pues entonces —le pidió la madre—, dame inmediatamente esa daga que estás afilando con tanto ahínco y te la cambiaré por ropas nuevas. Ahora ve a la reunión de las gentes de este pueblo e invita al ricachón a comer a nuestra casa. Si te pregunta que quién quiere invitarlo, tú le dices que tu madre. No le digas nada más. Solo lo invitas y no te debe importar nada más. Liushi dijo: De acuerdo. Si me he comido mi propia mierda, ¿qué otra cosa vergonzosa y humillante ya no podré hacer? Espera aquí, madre. Voy a invitarlo. Cuando el ricachón venga a la reunión, se lo diré con un respeto y una amabilidad que lo pillarán desprevenido. Le diré que la madre de este humilde servidor quiere invitarlo a comer. Al ricachón le costó reaccionar tras la propuesta de ese joven tan educado y servicial, y, por supuesto, le preguntó a Liushi: ¿Y tú quién eres? Yo no te conozco. Liushi le respondió: Gran benefactor de nuestra tierra, usted no me conoce, pero yo sí que le conozco. Le ruego que acepte la invitación de este humilde servidor y de su humilde hogar. Estoy convencido de que no se arrepentirá. Mucha gente le llamaba «benefactor» y era algo que le proporcionaba cierto orgullo, y el ricachón no podía ocultar su satisfacción. Vale, vale. Te pones delante y te acompañaré. Liushi acompañó al ricachón a su casa. Dos de los cuatro guardaespaldas se pusieron en la entrada de la casa de Liushi y los otros dos estaban en el patio. Estaban bastante relajados y su nivel de vigilancia era bajo. La madre miró al ricachón y se arrodilló inmediatamente delante de él, golpeando el suelo con la frente. Le agradeció al benefactor que estuviese ahí, en su casa, para comer, y que le salvase la vida a su hijo. El ricachón no comprendía nada. La madre hizo los tres arrodillamientos y los nueve golpes en el suelo con la cabeza, tal y como lo dictaban los ritos en la época imperial. El ricachón no parecía reconocer la niebla en la nube, como se dice en Shandong —o lo que es lo mismo, lo que

verdaderamente quería decirle la madre—, y levantó enseguida a la madre de Liushi y dijo: Señora, no merezco todos estos ritos, ni ese tratamiento. No me dejan tranquilo y me incomodan. Vamos, no se ande con tantos rodeos y si tiene algo que decirme... ¡rompa la calabaza-cantimplora de una vez! ¡Desvele el enigma! Me está poniendo de los nervios... La madre de Liushi dijo: No tantas prisas. Por favor acompaña al benefactor al *kang* y que se siente y sírvele de comer. El ricachón dijo: Usted no habla claro, ¿para qué voy a sentarme en el *kang*? Yo no me siento ahí. La madre de Liushi contestó: De acuerdo. Hijo, ¡coge al benefactor y háblale claro! Liushi no abrió la boca, pero en sus ojos se encendieron varias llamas, se enfureció y soltó: Pero ¿es que el benefactor lo ha olvidado? La primavera de hace cinco años, el ocho de marzo, yo tenía quince años y me dirigía a Nanshan para vender mis bobinas de seda. Cuando pasé junto a la tumba de sus ancestros, no podía retenerme y me cagué encima... La expresión de la cara del ricachón cambió de golpe. Parecía como si le hubiesen robado toda iniciativa. La madre de Liushi dijo: No hay de qué asustarse, nuestro benefactor. Mi hijo ha aprendido mucho durante estos cinco años y ha adquirido, como buen aprendiz, la destreza de sus maestros. Ha aprendido el arte de la espada y cuando la lanza al cielo es capaz de alcanzar una golondrina y hacerla caer totalmente abatida. Si desease quitarle la vida, usted habría muerto hacía tiempo en la reunión del *cun*. La madre de Liushi cogió la espada y tocó la hoja reluciente y punzante. Un sudor frío empezó a correr por la frente del ricachón. La madre de Liushi levantó la mano y clavó la daga en el techo de la casa. Lo hizo con un movimiento fuerte, muy fuerte para su edad, como el cabeza de familia. Ese gesto no solo asustó al ricachón, sino que su hijo, Liushi, casi se caga en los pantalones. Liushi, más tarde, dijo a su descendencia: El hombre auténtico no muestra lo que es, y si muestra lo que es, no es un hombre auténtico. Yo he vivido muchos años con vuestra abuela y nunca he sabido de dónde ha sacado esa destreza con las armas y el *kung-fu*. El ricachón era alguien que poseía al principio un corazón feliz, hizo una señal a los guardaespaldas y cuando estos vieron la mano de la madre de Liushi, se dieron cuenta de que había pasado algo. El ricachón se subió las mangas y se arrodilló ante Liushi y su madre: Señora, señor, me he comportado como un ignorante. La ofensa que he cometido no merece perdón. Caigo ante sus manos y merezco la muerte, la destrucción, y en todo caso, ¡será un honor para mí! La madre de Liushi levantó del suelo al hombre y le dijo: Nuestro querido benefactor, rápido, levántese. El pasado pasado

está y no es necesario traerlo de nuevo. El ricachón la cogió de las manos y le dijo: Gracias, muchísimas gracias, señora, por no querer acabar con mi vida. ¿Puedo irme? Liushi miró inmediatamente a su madre y dijo: ¡No dejes que se vaya! Su madre replicó: Hijo mío, ¡dejemos ir al benefactor! El ricachón se metió en el patio y dijo: Señora, señor..., nos veremos otro día. El ricachón salió de la casa, y Liushi no se quedó muy contento con su madre, la cual le sonrió: Hijo, no te preocupes. Ese hombre volverá en menos de diez días. Y como dijeron las palabras de la madre de Liushi, al cabo de cinco días, para la primera reunión de las gentes del pueblo que se convocó tras el encuentro con la madre, el ricachón cogió su carro, metió a su hija dentro y la despachó para que se viera con Liushi. El ricachón no tardó en ofrecerle a su hija, y Liushi no solo se casó con ella, sino que se convirtió en el jefe rico del *cun*.

En ese momento, el abuelo y esa abuela salieron del habitáculo de la cocina con otro plato de *jiaozi*. La abuela sonreía alegremente y le dijo a Make: Joven, tu historia es muy buena. Tu historia nos ha proveído al menos con dos tipos de lecciones. La primera nos dice que la gente debe ser tolerante sin necesidad de vincularse a la importancia de la injusticia sufrida, y esta es una buena lección. Y la segunda lección nos dice que el saber resistir trae fortuna. Tú y tu amigo podéis continuar comiendo raviolis. Vosotros dos poseéis el verdadero talante de los héroes y sois buena gente. Nosotros nos hemos pasado toda la vida envolviendo *jiaozi* y tenemos mucha experiencia acumulada. Ya puede ser el envoltorio o el relleno, todo ello sabemos hacerlo a las mil maravillas. Nuestro saber es único. ¿A qué os saben los *jiaozi* que estáis tomando ahora? Make y yo nos intercambiamos una mirada. Había que reconocer que el gusto de esos raviolis con el jugo que desprendían era absolutamente maravilloso, estaban fresquísimos y tenían un aspecto inigualable. Eran los mejores *jiaozi* que había tomado desde que nacimos. La abuela dijo: Hace un momento os había dicho que estos raviolis están llenos de carne de ratón, pero os mentí. Pensadlo un poco. ¿De dónde iba a sacar carne de ratón? De hecho, no he utilizado carne, sino tofu. El tofu tiene mucho más sabor y da mejor aspecto al relleno que la carne. La zanahoria le da el color y el sabor de una gamba, y el rábano blanco puede hacer de corvinón amarillo. Durante los siglos, la gente ha querido comer cada vez más carne, pero cada vez se ha atrevido menos. Ahora está de moda, a nivel mundial, comer verduras y más verduras para perder peso. Se ha creado una contradicción entre el deseo de comer carne y el deseo de mantenerse sano. Esta contradicción, si bien no puede compararse con la

intensidad de los combates en una guerra mundial, afecta a casi todas las familias y millones de personas sufren por ello. Nosotros dos hemos discutido a menudo sobre este problema y cuál debería ser su solución, la cual hemos hallado finalmente; pero no hemos encontrado a nadie leal y en el que se pueda confiar que pueda heredar nuestras destrezas únicas. Nosotros dos juntos sumamos más de trescientos años. Ayer noche empecé a hacer cálculos y me di cuenta de que hoy es el día designado por el destino, según las enseñanzas de Buda, para nuestra muerte. Así que nuestro secreto se irá a la tumba con nosotros; pero Dios nos ha enviado justamente hoy a este par de mozos. La abuela metió la mano en el bolsillo del viejo y sacó un cuaderno grueso, con varios adornos en la tapa delantera, y dijo: Aquí hemos anotado a lo largo de nuestras vidas cada una de las informaciones pertinentes para que nuestro arte no se pierda. Chicos, no nos defraudéis en miles de años.

Make me miró y yo miré a Make, y tuve la sensación de que yo ya había pasado en mi vida por algo parecido. Yo no sabía, en cambio, lo que pensaba Make ni cuál era el alcance de sus conocimientos. La abuela sacudió la cabeza y dijo: Al veros así, me da la impresión de que no estáis muy interesados; pero no pasa nada. No vamos a forzaros, ni vamos a obligaros a que aceptéis nada. Estas cosas son como el matrimonio, la personalidad, el amor y la libertad, y no se pueden imponer. Nosotros ya no somos muy jóvenes, pero comprendemos muy bien las cosas que pasan hoy día. Nuestros cerebros no se han petrificado en absoluto y sabemos que en nuestros días nada importa más que ganar dinero y más dinero. Este es el camino que toma mucha gente, y solo unos pocos saben hacer *jiaozi* como es debido. Pero ¿quién se va a poner a hacer raviolis en nuestros días para hacerse rico? Vosotros os disfrazáis de mendigo y pedís dinero, y seguro que sacáis más que envolviendo raviolis. Os disfrazáis de monjes budistas y salís a la calle para pedir dinero y seguro que sacáis más dinero que vendiendo raviolis. Si ya eres un pequeño funcionario, no vale la pena que abras una cantina de *jiaozi*. La abuela suspiró hondamente y dijo: ¡Viejo, enciende el fuego, anda! Y el viejo nos miró con ojos tristes y sacó una cerilla de su bolsillo y encendió un fuego bastante débil, pero se apagó de golpe. Le echó otra cerilla, pero el fuego no se encendía. Pero al final se encendió y se produjo una llama amarilla, bien limitada, que dio luz a la sala. La llamarada se mantuvo fija ante nuestros ojos. En ese momento, por no sé qué idea extraña que cruzó por mi cabeza, me entraron ganas de saltar sobre el asiento. Y en ese preciso momento, la abuela apagó la llamarada amarillenta y Make se

abalanzó hacia ella, se arrodilló en el suelo y golpeó el suelo con la frente: ¡Maestra, maestra, deje que su discípulo se incline ante usted!

Cogí el cuaderno secreto y se lo di a la abuela, y la abuela se lo dio al abuelo. La abuela levantó la mano y con esa señal quiso decirle a Make que se levantara. Hijo —le dijo la abuela—, levántate y siéntate, y escucha lo que tengo que decirte. Te contaré la historia de este cuaderno, el cual perteneció a un eunuco de la corte de Qing que se encargaba de preparar las comidas. El pobre rompió un bol del emperador y a punto estuvo de pagar con la vida esa grave ofensa. Se escapó una noche por el agujero de un desagüe. En esa época, nosotros dos no habíamos abierto todavía la cantina de los *jiaozi*, pero hacíamos tofu. El eunuco vino a nuestra casa y nosotros lo escondimos para salvarle la vida, ya que era de nuestro terruño. Nos dijo que a un pariente suyo lo habían confundido con él y lo habían condenado. Para que no lo reconocieran le pusimos unos bigotes falsos y unas ropas diferentes de las que solían llevar los eunucos, le dimos un carrito y lo pusimos a vender tofu en la calle. Ese tofu, con pimienta y chile encima, volvía loco a cualquiera. El eunuco se sintió conmovido por nuestro gesto y sacó de su bolsillo el cuaderno y dijo: Gran Hermana, Gran Hermano, vuestro acto generoso me ha salvado la vida y no sabría cómo recompensarles. En este libro he anotado los treinta y ocho tipos de recetas que hay para preparar *jiaozi*. Creo que les será muy útil en el futuro. Si quieren sacarle provecho, abran una cantina de *jiaozi* en Beijing; y si no, lo queman. ¿Cómo íbamos a rechazarlo nosotros? Y nos lo llevamos a casa. El eunuco nos dijo que, incluso si lograba escapar de la guardia del emperador, nunca en su vida sería capaz de abrir una cantina de *jiaozi* y buscaría un lugar secreto donde destruirlo. Tras contarnos la historia del cuaderno, el viejo dijo: Muchachos, comed estos raviolis, y cuando os los hayáis acabado, os vais. No es necesario que os preocupéis más por nosotros. Nosotros dos practicamos regularmente los ejercicios respiratorios del *qigong*²⁵. Cuando nos llegue el día de nuestra muerte, nuestros cuerpos no se pudrirán. Llegado ese momento, y si hay gente que viene a llevarse nuestros cuerpos, una y diez mil veces, ¡no os mezcléis con ellos! El viejo arrojó el libro justo delante de nosotros. La verdad es que lo hizo como quien tira al suelo unos calcetines rotos. Y luego se metieron los dos ancianos en el habitáculo de la cocina.

Yo recogí el libro que había quedado sobre la mesa y lo abrí cuidadosamente. Las hojas de papel se pegaban entre ellas y estaban en un estado crítico. Parecían una de esas galletas que caen en una sopa y luego las

sacas. Las páginas estaban llenas de hongos y se mezclaban con los caracteres chinos creando imágenes extrañas. Parecían esas imágenes esotéricas que utilizan los taoístas para los encantamientos. Yo creía, básicamente, que esos abuelos inventaban la mitad de las cosas que contaban o las exageraban. Ese tipo de gente que se dedicaba a inventar cosas era cada vez más frecuente en nuestros tiempos. No hay día que pase en el que no haya alguien que descubra un nuevo cuaderno de la antigüedad o un clásico, y la mayoría son en realidad falsos. Yo, naturalmente, no iba a decirle lo que en realidad pensaba. Quería sacar del sueño en el que estaba inmerso a ese gusano ignorante que era Make. Lo mejor que podía intentar alguien que apreciaba ese cuaderno secreto era, probablemente, buscar un lugar donde haya alguien que aprecie en cada detalle ese tipo de tesoros. Yo le di el cuaderno a Make y se lo di como quien da un libro sagrado a otra persona. Le dije que, por favor, lo aceptara. Make hizo una mueca con la boca y me dijo: Libros que te hablan de rellenos de *jiaozi*... hay demasiados en este mundo. Yo le dije que, según mi opinión, ese libro no era un simple libro de rellenos de *jiaozi*. Ese cuaderno era más bien el mapa de un tesoro escondido que había que estudiar en profundidad. Él dijo: En mis manos, ese cuaderno no tiene ningún valor, ya que, como tú bien sabes, mi nivel de cultura no es muy alto. En cambio, yo sé que tu nivel cultural es muy alto. Cógelo tú, por lo tanto. Estúdialo bien y obtendrás los resultados. Cuando te hagas rico, me llamas y compartiremos los dividendos. Yo le dije: Eso no puede funcionar. Tú puedes, sin embargo, golpear el suelo con la cabeza ante quien has reconocido como tu maestro. Si no aceptas ese cuaderno, la razón y los sentimientos no van juntos. Él dijo: Y si es tan bueno, ¿cómo es que me lo das? ¿Quieres engañar a este pobre desgraciado? ¿Crees que he venido hasta aquí para inclinar la cabeza y comer raviolis? En realidad, yo siempre observo cómo me miran los otros. El movimiento de tus labios delata tus pensamientos y me han dicho lo que piensas. Vosotros, gentes de la ciudad, vais siempre de listillos. Pero vuestra destreza no es inteligencia; y vuestra inteligencia no es clarividencia; y vuestra clarividencia no es sabiduría; y vuestra sabiduría no es la sabiduría de lo sagrado y de lo que hay en el fondo de las cosas; y vuestra sabiduría de lo sagrado y del fondo de las cosas no es como ser capaz de hacerse el idiota²⁶, como si uno no comprendiera en realidad nada de nada. Y todos nosotros creemos comprender lo que es hacerse el idiota, y, ahora, a mucha gente importante le gusta colgar sobre la pared lo que dijo el pintor Zheng Banqiao²⁷: «Cuando la ignorancia supone

la felicidad, es una locura pretender ser un sabio»²⁸. Tú eras al principio un gusano ignorante, ¿cómo lo hacías para serlo? Mis ancestros abrieron en el *xian* de Wei una cantina donde se servía carne de perro. Zheng Banqiao era en esa época el que mandaba en el *xian* y no pasaban más de tres días sin que fuera a la cantina de mi familia para comer carne de perro. Cuando llegaba el invierno, con la duodécima luna, y la nieve caía del cielo, si la situación no era muy buena, se quedaba en la cantina de carne de perro de mis ancestros y hacía de ella su propia casa. Comía su carne de perro, bebía su licor amarillo y, mientras tanto, hacía también su caligrafía. Pintó esos cuatro caracteres y se los mostró a mi familia. Originalmente, lo que no sabía pintar era el bambú. Y, sobre todo, las hojas del bambú. Más tarde, aprendió a pintar el bambú y se hizo famoso precisamente por pintar el bambú de forma magistral. Fue en la cantina de mis ancestros, comiendo carne de perro y bebiendo licor amarillo en las noches de invierno, que Zheng Banqiao aprendió a pintar el bambú. A la mañana siguiente, cuando la nieve había cesado de caer, varias gallinas²⁹ salieron a pasear por el patio de la cantina de mis ancestros. Las huellas de las gallinas quedaban marcadas en la nieve. Zheng Banqiao no estaba contento con las pinturas de hojas de bambú que había realizado; pero, al salir al patio, vio las huellas de las gallinas sobre la nieve. Se dio cuenta de algo muy importante. Se sentó en el suelo y se puso a pensar. Luego regresó al salón de la casa y vio a la joven mujer de mi ancestro y le dio unas instrucciones: le pidió que capturase varias gallinas. Tras cogérselas, Zheng Banqiao las hizo caminar sobre tinta y las puso sobre las láminas de papel. El método magistral de pintar las hojas de bambú había nacido y Zheng Banqiao se convirtió en el gran maestro del arte de pintar hojas de bambú. Entonces escribió este poema: «Cuarenta años pintando cañas de bambú, escribiendo y cogitando mis pensamientos de día y de noche, y al final se rompió la calabaza-cantimplora; la culpa la tuvieron las huellas de unas gallinas sobre la nieve». El abuelo de mi abuelo de mi abuelo de mi abuelo tenía una mujer bastante bella que era la que se encargaba de servir la carne de perro y el vino amarillo en la cantina. Era bella y Zheng Banqiao le puso el ojo encima. No tardaron en convertirse en una pareja ilícita. Todos los que trabajaban en la cantina sabían de su relación secreta, pero nadie quería decírselo a mi ancestro. Al cabo de un tiempo, la mujer del abuelo de mi abuelo del abuelo de mi abuelo tuvo un niño, el cual, más grande se hacía, más se parecía a Zheng Banqiao. Hubo gente que le dijo al abuelo de mi abuelo del abuelo de mi abuelo que algo había pasado, y mi

ancestro les respondía: ¡Confuso, este es un asunto muy confuso! Zheng Banqiao, al oír a mi ancestro, suspiró melancólicamente y escribió estos caracteres chinos: «Es difícil alcanzar la confusión y la ignorancia». Esta historia yo no se la he contado nunca a nadie ya que, después de lo ocurrido entre mi ancestro, su mujer y el pintor y calígrafo Zheng Banqiao, yo estoy seguro de que soy un nieto —en la décima generación— del famoso pintor de hojas de bambú. Nosotros venimos de una familia de letrados, y somos descendientes de alguien célebre. Así que no me mires como si fuera un pordiosero. Nuestros ancestros han sido ricos; no me mires, pues, como si fuera un analfabeto. Pero nuestros ancestros han sido unos auténticos eruditos y han pasado los exámenes oficiales como *juren* y *jinshi*³⁰ bajo el reinado del emperador Kangxi. No puedes coger un bollo relleno de pasta dulce de soja y no convertirlo en un alimento seco y duro.

Dije que yo no iba originalmente a convertirte en un alimento seco y duro. Ahora sé que «usted» es el descendiente de Zheng Banqiao y su nieto en la décima generación y no voy a atreverme a convertirte en un alimento seco y duro. Pero «usted» tampoco es un bollo relleno de pasta dulce de soja. Usted, al menos, es un *mantou*, o una gran torta de maíz, o, tal vez, uno de esos galletones compactos secos, que comes uno y ya no tienes hambre en tres días. En ese caso, si no quieres el cuaderno secreto, me lo quedará yo. Él dijo que no, que no y que no. Compañero, ya que soy yo quien golpea el suelo con la frente ante su *shifu* —el maestro—, esta cosa es, por supuesto, mía. Tú no puedes, por lo tanto, hacerte con él. Yo puse el cuaderno en sus manos y le dije: Recíbelo, y que ningún experto en las artes marciales de la montaña de Wulin te lo robe. Que te roben el libro, no es gran cosa; pero que te roben la vida, eso sí que me pondría muy triste. Make, con los ojos rojos, me dijo: Yo preferiría morir antes de que tú te entristecieras por mí, amigo. ¿De verdad?, le dije. ¿No me estás mintiendo?, me dijo él; y yo le pregunté: Pero ¿por qué ibas tú a morir por mí? La gente se entristece por un gatito o un perrito, pero no se entristece por la muerte de una persona. Incluso si es un pariente tuyo o alguien que ha intimado, uno nunca siente tristeza por su muerte. Tú no lo sabes, quizá, pero dentro de unos años, muchos de los que estamos aquí seremos asesinados uno tras otro. Habrá hijos que matarán a sus padres y sus madres, y padres y madres que matarán a sus hijos; habrá mujeres que matarán a sus maridos, y maridos que matarán a sus mujeres; habrá hermanos mayores que matarán a sus hermanos menores, y hermanos menores que matarán a sus hermanos mayores; habrá los esposos de la esposa que es la

hermana mayor que matarán a los esposos de la esposa que es la hermana menor; y esposos de la esposa que es la hermana menor que matarán a los esposos de la esposa que es la hermana mayor; y habrá mucho caos, y muchos ojos rojos de odio. Tú puedes pensar que todos esos asesinos y asesinados potenciales son unos campesinos pueblerinos e ignorantes y que ellos mismos se van a matar; pero te puedo asegurar que un noventa por ciento de los asesinos y los asesinados son cuadros que viven en las ciudades y en las grandes poblaciones de los *xian*. ¿Y sabes por qué se van a matar entre ellos? No te lo puedes ni imaginar. Yo me atrevería a apostar mi cerebro a que no te lo imaginas; y si te lo imaginas, te doy inmediatamente mi cerebro. Tú deseas coger eso y poder convertirlo en la cabeza de un cerdo hervida que se comerá; coger eso y poder convertirlo en un pote lleno de mierda y poder comértela; coger eso y poder convertirlo en una bola a la que poder dar puntadas y con la que jugar. Le dije que no debía mantener a la gente en vilo y contar lo que quería decir de una vez por todas. Yo no podía imaginar lo que me iba a decir y así se lo dije. Incluso si era capaz de imaginármelo, ¿cómo iba a cortar tu cabeza y a llevarme tu cerebro? Así que... ¡suéltalo ya! Él dijo: Vale, te lo voy a contar, pero no se lo digas a nadie más. Ni siquiera a tu *laopo*. Al igual que varios héroes de nuestra etnia —la etnia Han—, si le cuentas lo del cuaderno secreto a tu *laopo*, el resultado será catastrófico para ella y morirá asesinada. ¿No conoces la historia de Liu Heihu³¹ —Liu el Tigre Negro—? Veo que eres un verdadero ignorante si no sabes la historia de Liu Heihu. Pues te la voy a contar para que la sepas y no la olvides, así que escucha bien. ¿Vale? Y guárdalo como un secreto, un secreto que te servirá para educarte.

Me dijo que Liu Heihu era un pariente suyo, un miembro, por lo tanto, de su familia, y que había acompañado al gran mariscal Wei Xiaobao³² en su expedición a Rusia, y el emperador Kangxi de la dinastía Qing le recompensó los servicios prestados y su destreza en las artes marciales dándole una joven mujer. La *laopo* de la corte del emperador no era muy guapa, pero a Liu Heihu le gustó y se la llevó con ella. Incluso la llevó al campo de batalla. Liu Heihu era muy bueno con las armas, tanto con las grandes como con las pequeñas. Las pequeñas se pueden ver en los museos y se necesitaba mucha habilidad y fuerza para manejarlas. Algunas de ellas pesaban ciento treinta *jin*. Liu Heihu tenía mucha práctica con las batallas. Cuando empezaba, utilizaba siempre las armas pequeñas; pero si la batalla se complicaba y aparecían más enemigos, utilizaba el látigo largo, que era más rápido e intimidante que el

látigo pequeño. El enemigo pensaba que los espíritus divinos lo asistían desde el Cielo. Cuando los enemigos caían derrotados y le pedían que les perdonase la vida, Liu Heihu volvía inmediatamente a su caballo. Muchos eran los que se iban corriendo, atemorizados, cuando veían a Liu Heihu, y muchas fueron las batallas que ganó mi Liu Heihu. Hubo un general ruso que le echó el ojo, ya que lo admiraba mucho y quería saber su secreto. Ese general tenía la mente de un científico y no era nada supersticioso. El general sobornó a la joven *laopo* de Liu Heihu y le pagó con oro para que le extrajese a su marido información sobre el secreto de su arte de luchar. Ella le informó sobre las actividades de Liu Heihu. Una noche, mientras Liu Heihu medio dormía, y tras haberlo emborrachado, ella le preguntó: Marido, ¿por qué utilizas siempre el látigo corto cuando empiezas a luchar y luego utilizas el largo? Liu Heihu le susurró al oído: En realidad, les estoy haciendo un truco. Cuando cambio al látigo largo, ya no tengo en realidad fuerzas. El látigo grande está ya vacío y no pesa ni siquiera la mitad que el látigo corto. Pero esto es algo que yo no quiero contar a nadie, porque si lo hago, se enterarán los enemigos y no me tendrán miedo cuando saque el látigo largo y se lo muestre. Mi vida no tendrá ya mucho futuro. La joven *laopo* estuvo debatiéndose durante mucho tiempo, ya que no sabía qué hacer; pero al final se lo contó a todo el mundo. Cuando tuvo que ir a otra batalla, Liu Heihu estaba muy cansado y dijo: ¡Vosotros, mis humildes servidores, dadme el látigo largo! Pero cuando Liu Heihu levantó el látigo largo que le habían dado sus humildes servidores, el enemigo ya se había reunido en torno a él, y le cortaron la cabeza de un tajo, ya que sabían que ese látigo no iba a hacer nada sobre sus cuerpos. ¿Lo has comprendido ahora? La mujer, incluso si es tu *laopo*, te la puede jugar, y por eso no debes contarle nada sobre el cuaderno secreto.

Él me dijo: Ya te he avanzado algo del secreto. Ahora, puedo contarte el secreto entero. En nuestro *xian* hay varios casos de individuos cuyas vidas penden de un hilo. Son casos de gente que mata a miembros de su propia familia, y todos ellos por culpa de los cuadernos secretos. Todos quieren hacerse con uno porque piensan que este les va a hacer ricos. Este cuaderno nos lo ha dado la pareja de ancianos que ha abierto esta cantina de *jiaozi*. Sus edades hacen juntas aproximadamente más de trescientos años. Ellos salvaron la vida del eunuco de la corte y este se lo agradeció a los abuelos dándoles este libro. Este cuaderno tiene muchos caracteres e ilustraciones, y está, además, muy bien encuadernado. Algunos de sus dibujos nos parecen

grotescos porque no los comprendemos y se necesita una gran cultura y educación para poder comprender completamente este cuaderno. En realidad, este es el mapa del tesoro escondido. Tú deberías preguntarte qué tesoro escondido hay en este mapa. Te lo voy a decir —Make bajó el tono de voz y acercó su boca a mi oreja—: Este tesoro tiene cuatro cofres cerrados en un mismo cofre. El primer cofre, el más grande y el que encierra a todos, es de madera de sándalo; el segundo, que contiene el primero, es de bronce; el tercer cofre, que contiene el segundo cofre, es de plata; y el cuarto cofre, que contiene el tercer cofre, es de oro. Dentro del cofre de oro, el más pequeño, hay una botella hecha de un cristal precioso, y en el interior de la botella está el bigote prodigioso de un tigre.

Zhongshan, número 4 del año 1999

Notas del traductor

1. La «novela corta», o de «talla mediana» (*zhongpian xiaoshuo*), *El mapa del tesoro escondido* (*Cangbao tu*), apareció publicada por primera vez en el número 4 (1999) de la revista de la asociación de escritores de la provincia de Jiangsu (*Zhongshan*) y fue publicada ya en forma de libro independiente en la Editorial de las Artes y las Letras del Viento Primavera (*Chunfeng wenyi chubanshe*), Liaoning, el 1 de octubre del 2003. La edición utilizada es la que aparece en la recopilación de siete novelas cortas realizada por Ediciones Triguales (*Maitian chubanshe*) en agosto de 2014 en Taipéi, Taiwán. Este relato burlesco, casi un largo monólogo, que se sirve de los elementos de la fábula y la sátira en su narración, trata del proceso de *desnaturalización* del individuo en el medio urbano, de su olvido de las raíces y de sus consecuencias, a través de un proceso histórico que lo despoja de su autenticidad (*zhen*) original (*yuan*), de un proceso por el que debe pasar si no quiere ser excluido de él. El diálogo entre los dos antiguos compañeros de la infancia que se encuentran por casualidad en la calle y deciden ir a un restaurante de Beijing acaba convirtiéndose en el diálogo de una sola persona con aquello que constituye el «mapa» (*tu*) de su memoria (*jiyi*) —la cual es ese «tesoro» (*bao*) «escondido» (*cang*)— y, por lo tanto, con su propia identidad. La *novella* se convierte así en un tratado de la memoria y en un intento, doloroso y jocoso por momentos, por encontrar y sacar a la luz esa memoria que parece escondida y olvidada en algún sitio, y, finalmente, de *recuperación* de una realidad individual y colectiva. Cada una de las historias que se cuentan en *El mapa del tesoro escondido* encierra, sin embargo, otra historia a un nivel más profundo que el de la simple parodia divertida o la anécdota rocambolesca, las cuales se emplean para contar otra realidad y darle un significado.

2. Estas primeras líneas recuerdan sin duda la primera parte del dístico (*duiliang*), de inspiración budista, que abre la novela del siglo XVIII *El sueño del pabellón rojo* (*Hong lou meng*), «Cuando lo falso se hace verdadero, lo verdadero se hace falso» (*jia zuo zhen shi zhen yi jia*), es decir, de la dificultad, sino imposibilidad, de establecer una diferencia clara en esos dos ámbitos epistemológicos: lo verdadero (*zhen*) y lo falso (*jia*).

3. Un *li* corresponde aproximadamente a un kilómetro y medio.

4. *La canción de la juventud (Ge zhi qingchun)* fue publicada en 1958 y su autora fue Yang Mo, que nació en 1914 y murió en 1996. Se trata de una obra clásica de la literatura «roja» del período posterior a 1949 y cuenta la historia del despertar a la causa comunista y revolucionaria del ama de casa Lin Daojing.

5. La división territorial tiene un papel importante en la novela *El mapa del tesoro escondido*. No en vano se trata de un «mapa» (*tu*). En la República Popular China de los años cincuenta a los años noventa del siglo XX, que es el período de tiempo de la vida de los dos personajes principales de la *novella* de Mo Yan, cuyas edades parecen coincidir con las del autor, nacido en 1955, el *xian* o prefectura ocupaba una posición superior en la división territorial que la de un municipio o *xiang*. Un *xian* puede abarcar, dependiendo de su tamaño, varios *xiang* o municipios, y es de mayor tamaño. La unidad administrativa superior al *xian* o prefectura es, por lo general, la provincia o *sheng*. Un *xiang* podía contener varios *cun*, que es la unidad administrativa territorial más pequeña y que corresponde a un pueblo pequeño.

6. Un *jin* corresponde a medio kilo.

7. El *Clásico de tres caracteres (San zi jing)* es un compendio de pensamiento confucionista, de lengua de base y gramática para niños, redactado en el siglo XII durante la dinastía Song.

8. Chen Shimei fue un personaje de la ópera de Pekín y el símbolo del hombre desleal y sin corazón.

9. La Unidad 731 (*qi yi san budui*) fue el departamento de investigación que los japoneses pusieron en marcha durante la Segunda Guerra Mundial y en el que se experimentó con seres humanos, la mayoría chinos. Fue establecida en Manchuria durante la ocupación japonesa.

10. Sun Erniang fue un personaje de aspecto grotesco de la novela clásica del siglo XIV *Al borde de las aguas* o *Historia de las marismas (Shuihu*

zhuan), atribuida a Shi Nai'an, aunque la acción transcurre en el siglo XII durante el período Song. Sun Erniang preparaba unos *mantou* con la carne humana de sus víctimas.

11. El bandido Lu Zhishen es un personaje de la novela *Al borde de la aguas*.

12. Jiang Jieshi, que vivió entre 1887 y 1975, o Chiang Kai-shek, como es más conocido, fue el líder del Guomindang y de los nacionalistas en la guerra civil que los enfrentó a los comunistas hasta su derrota en 1949.

13. «La azucena hermosa y estrella matutina florece esplendorosamente roja» (*Shandandan kaihua hong yanyan*) es una canción del folclore popular de Shaanxi y muy popular en la China comunista, que fue reescrita en 1972 en plena Revolución Cultural (1966-1976). Se hizo famosa en la voz de la solista Gu Lanying, nacida en 1929, y era una canción que gustaba particularmente a Mao Zedong por traerle recuerdos de la vida (idealizada) en el campo.

14. A finales del siglo XIX. La emperatriz viuda Cixi, nacida en 1835 y fallecida en 1908, de ser la concubina Yi del emperador Xianfeng durante la ya decadente dinastía manchú de Qing, pasó a ocupar directamente la regencia del imperio en 1881, desempeñando las mismas funciones que un emperador, y lo consiguió tras una serie de maniobras y luchas de poder internas en el seno del palacio. Li Lianying era el jefe de los eunucos en la corte de Qing y el ejecutor de las órdenes de Cixi. Figura emblemática de la historia popular de Beijing, pasó a ser célebre por actuar con mano de hierro.

15. Li Lianying , nacido en 1848 y muerto en 1911, fue el jefe de los eunucos y ayudó a Cixi a realizar con éxito todas sus maniobras en la corte de Qing.

16. El símbolo de la masculinidad *yang*, en oposición a su complemento, el signo de la feminidad, o *yin*.

17. El bigote (*huxu*) del tigre (*laohu*) es el tesoro (*bao*) escondido (*cang*) de la historia que nos cuenta Mo Yan; es decir: el objeto que aparece en el mapa (*tu*) de la memoria y la constituye, el símbolo de su esencia, ya que es el acceso al conocimiento verdadero del ser humano y su verdadera naturaleza (*benxiang*).

18. Yuan Shikai, que nació en 1859 y murió en 1916, o Yuan Xiancheng, fue un militar que se convirtió en el segundo presidente de la República de China entre 1915 y 1916, tras suceder a Sun Yat-sen, nacido en 1866 y muerto en 1925. Ejerció de gobernador (*xunfu*) de la provincia de Shandong e inspector imperial, representando el gobierno de origen manchú de Qing, de 1899 a 1902.

19. El emperador Kangxi, que vivió de 1652 a 1724, fue el cuarto emperador de la dinastía Qing, de 1644 a 1911, la última dinastía imperial china.

20. El duque de Yansheng (*yansheng gong*), con el título de gong, gozaba de un estatuto privilegiado en las tierras de Qufu, de donde era originario Confucio, y entre esos privilegios estaba el de no pagar impuestos locales. Al llegar la república de 1912, esa situación fue corregida.

21. Es el nombre de los rebeldes del movimiento de «la justicia y la concordia» (*yi he tuan*). Lo de los puños (*quan*) hace referencia al hecho de que los sublevados practicaban el boxeo chino, de ahí su nombre anglicanizado de «bóxeres». La sublevación particularmente cruenta de los bóxeres, que tuvo graves consecuencias en el devenir de la última dinastía imperial, duró aproximadamente tres años, entre 1898 y 1901, y afectó en particular a la capital, Beijing, y a la representación extranjera que ahí cohabitaba con el gobierno de Qing.

22. *Yuan*, de tortuga, y *Yuan*, de Yuan Shikai.

23. El emperador Guangxu, que nació en 1871 y murió en 1908, fue el noveno emperador de la dinastía Qing. Reinó oficialmente de 1875 hasta el año de su prematura muerte en 1908, bajo la influencia de Su Majestad la emperatriz viuda Cixi. Guangxu promovió ideas reformistas. Al igual que

otros miembros de la familia de Qing, Guangxu pasó a formar, al final de su reinado, parte del imaginario de las gentes de la ciudad de Beijing, que vivían en torno a la Ciudad Prohibida y sus intrigas.

24. Frase atribuida a Deng Xiaoping, que nació en 1904 y murió en 1997, máximo responsable del Partido Comunista Chino y jefe de estado de la República Popular China entre 1978 y 1992, y que simbolizará para la posteridad el pragmatismo por encima de la ideología, un aspecto muy representativo de la China de los años ochenta y noventa del siglo pasado.

25. El *qigong* consiste en unos movimientos coordinados que, junto con unos ejercicios respiratorios, permite un mejor reparto de la energía vital.

26. Literalmente, «es difícil ser un ignorante o estar confuso». El término *hutu* es de difícil traducción en español y denota un estado de confusión debido a la falta de conocimiento de una realidad o situación.

27. Zheng Banqiao, que vivió de 1693 a 1793. Siendo subprefecto, Zheng Banqiao se dirigió a las montañas de Yunfeng en Laizhou, provincia de Shandong, y al ver que anochecía y no podía regresar, decidió refugiarse en una granja de un viejo letrado confucionista que se hacía llamar «el viejo confuso e ignorante» (*hutu laoren*). El letrado vivía retirado de la vida activa y rodeado de pinturas y caligrafías. Él le hizo comprender a Zheng Banqiao el significado profundo de la palabra *hutu*: el arte de *zhuang hutu* o «hacerse el idiota» es la suprema sabiduría, ya que la inteligencia (*congming*) supone supeditarse a un conocimiento que somete y esclaviza, por su prestigio y función social, a quien lo posee, y puede acabar destruyéndolo, ya que lo lleva a vivir en un nivel de convenciones que no dejan de ser fabricaciones humanas intencionadas y establecidas como verdades inmutables que lo alejan de su verdadera naturaleza, un nivel más original y auténtico. Hacerse el idiota no solo es un acto de resistencia y de insumisión, es la sabiduría máxima, ya que se es consciente de la superficialidad de todas las cosas establecidas y se evitan. Uno se hace más tolerante; se es así consciente de la convencionalidad de todo conocimiento creado por el hombre (*rensheng zai shi*) y de la constante mutabilidad (*bian*) de las cosas y de la naturaleza humana. Por eso se está «confuso» (*hutu*), y ese es su estado más auténtico, ya que todo es un cambio constante. El nivel de inteligencia (*congming*)

también es difícil de alcanzar, pero el nivel de la «confusión y la ignorancia» (*hutu*) es difícil (*nan*) de alcanzar. La reflexión sobre la antinomia (*hutu* /*congming*) trae a colación el tema de la deterioración del individuo en la mundanidad del mundo moderno, atrapado en una inteligencia funcional y en un entramado de convenciones sociales que lo *desnaturalizan*, y empezó a gestarse en los primeros textos canónicos del taoísmo.

28. «Es difícil de alcanzar la confusión y la ignorancia» (*nan de hutu*). Véase la nota 25 y la anécdota de Zheng Banqiao.

29. Las gallinas y los pollos (*ji*) son considerados los animales menos «inteligentes» (*congming*) del mundo animal y su manera de actuar es característica de ese estado de «confusión e ignorancia» (*hutu*) del que habla Zheng Banqiao.

30. Un *juren* era un candidato que acababa de pasar con éxito los exámenes imperiales durante el período Qing. El título de *jinshi* era el máximo grado al que podía aspirar un funcionario-letrado mediante el sistema de las oposiciones imperiales. Había diferentes grados dentro del nivel de *jinshi*.

31. Liu Heihu es un personaje de poca importancia de la novela clásica *Al borde de las aguas*.

32. Wei Xiaobao, o Wei el Pequeño Tesoro, es un personaje novelesco de una novela muy popular en China de artes marciales y aventuras de capa y espada: *Notas del trípode y la gacela (Luding ji)*, de Jin Yong (nacido en 1924), publicada entre 1969 y 1972 en Hong Kong. Las novelas de Jin Yong gozaron de una gran difusión en la China continental a partir de los años noventa del siglo pasado. Make mezcla en su historia dos personajes novelescos de dos novelas muy populares en China, pero que intervienen en períodos históricos muy diferentes: Wei Xiaobo en la dinastía Qing y Liu Heihu en la dinastía Song. Además, Make los hace viajar a Rusia.

El autor

MO YAN (Gaomi, China, 1955): Ganador del Premio Nobel de Literatura, Mo Yan (literalmente, «No hables») es el seudónimo de Guan Moye. Hasta la fecha Kailas ha publicado las novelas *Grandes pechos amplias caderas*, *Las baladas del ajo*, *La vida y la muerte me están desgastando*, *La república del vino*, *Rana*, *¡Boom!*, *El suplicio del aroma de sándalo*, *Trece pasos*, *El manglar* y *El clan del sorgo rojo*, además del libro de relatos *Shifu, harías cualquier cosa por divertirme*.